Su afmo amigo

Luis Valdés



LOS PAJARILLOS

LOS PAJARILLOS

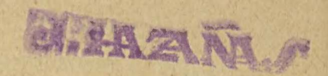
COMEDIA EN TRES ACTOS

DE LOS SEÑORES

EUGENIO LABICHE Y DELACOUR

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR



DON LUIS VALDÉS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 29 de Noviembre de 1893



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ENRIQUETA	D.ª	Sofía Alverá.
LAURA		Concepción Ruiz.
PRUDENCIA		Amparo Molina.
MANUEL	D.	Emilio Mario.
FRANCISCO		Miguel Cepillo.
LEONCIO		Francisco G.ª Ortega.
TIBURCIO		Juan Balaguer.
JUAN		Alfredo Cirera.
MACON		José García.
JOSÉ		Francisco Urquijo.

ACTO PRIMERO

Comedor decentemente amueblado. Velador con avíos de coser cerca del proscenio. Puerta al foro y dos á cada lado de la escena

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, LEONCIO y después JOSÉ. Aparece ENRIQUETA bordando un saquito para guardar guantes, y LEONCIO sentado cerca de ella en una banquetilla

ENR. ¡Me estás distrayendo con tus secretitos, y no acabaré mi labor!

LEON. ¡Vaya una desgracia!

ENR. ¡Verás cómo Laura se enfada!

LEON. ¿Es para ella ese bordado?

ENR. No. Es para la rifa de beneficencia, organizada por Laura. Me comprometí á contribuir con alguna obra de mis manos, y hoy, precisamente, vendrá á recogerla.

LEON. ¡Ah! ¿Laura viene aquí?

ENR. ¡Sí, señor!

LEON. ¿Le hablarás de mi asunto?

ENR. Le hablaré: tú debes confiar á su padre los deseos que te animan, y si todo se dispone bien, como parece natural... dentro de pocos días anunciaremos á nuestros amigos el concertado matrimonio de don Leoncio de Guzmán con la señorita Laura Alvarez.

LEON. ¡Qué buena eres!

ENR. Una madrastra necesita ser dos veces bue-

na, para contrarrestar la mala opinión de que todas gozamos.

LEON. ¡Tú no figuras en el número de las madrastras! Mi padre, al casarse contigo, halló esposa excelente, y yo una hermana mayor. (*Entra José con algo que faltaba para terminar de poner la mesa, y luego coloca las sillas alrededor de ella.*)

ENR. (*En tono de broma.*) ¡Pero una hermana, á la cual debes también respeto y obediencia!

LEON. (*Cogiéndole una mano y hablando en tono infantil.*) ¡Sí, mamá!

JOSÉ ¡Señora, el almuerzo!

LEON. Pues avisa á mi padre. (*A José.*)

ENR. (*A José.*) Está en su despacho. (*Vase José por la izquierda.*)

LEON. Allí le dejé escribiendo hace rato.

ENR. ¿No te dijo en qué se ocupaba?... ¡Se dispone á tomar una resolución enérgica!... (*Con seriedad cómica.*)

LEON. ¿Mi padre? (*Con asombro cómico.*)

ENR. ¡Tu padre! Piensa escribir á los inquilinos de su casa, anunciándoles que les sube la renta.

LEON. ¿Mi padre sube los alquileres?... (*Riéndose.*) ¡Imposible!... Bien llevará veinte años de pensar que debe hacerlo; mas nunca halla el momento oportuno.

ENR. Esta mañana lo encontró... Trabajillo me ha costado convencerle... Es una exageración cobrar tan mermados productos de la casa...

LEON. ¡Quizás, y sin quizás, sea la más barata de Madrid! ¡Así no se va ningún inquilino!

ENR. Dice tu padre que no son inquilinos, sino amigos, porque muchos llevan habitando en la finca veintitantos años, y que le duele perder amistades tan antiguas.

LEON. ¡Pobre padre! ¡Tiene un corazón hermosísimo!

ENR. (*Viendo á Manuel, que entra con un papel y un lápiz en la mano.*) ¡Ahí viene! (*Enriqueta y Leoncio se levantan y van al encuentro de Manuel.*)

ESCENA II

ENRIQUETA, LEONCIO, MANUEL; luego JOSÉ

ENR. (A Manuel.) ¿Lo has hecho ya?

MAN. (Con impaciente dulzura.) ¡Lo has hecho ya! ¡Lo has hecho ya! ¿Te parece que es cosa de poco más ó menos? (Desdoblando el papel.) En fuerza de cavilar y cavilar, he redactado este borrador...

LEON. ¡Oh, cuántos tachones! (Burlándose cariñosamente.)

MAN. Sí; hay bastantes... porque juzgué prudente dulcificar el sentido... (Leyendo.) «Muy señor mío.» (Parándose.) ¡Decir muy señor mío á personas con quienes trato toda la vida!...

ENR. Pon «Muy señor mío y amigo.»

MAN. Llamándoles amigos... sí... lo añadiré. (Escribe con el lápiz. Leyendo.) y amigo: «Crea usted que tomo la pluma con harto dolor de mi corazón.»

ENR. ¡Bien!

MAN. ¿No os parece algo seco?

LEON. ¡No, papá, no!

MAN. (Leyendo.) «Pero ciertas razones poderosas, cuyo valor apreciará cuando se las explique, me obligan á tomar una resolución irrevocable...»

LEON. ¡Perfectamente!

ENR. ¡Sigue!

MAN. ¡Sólo he llegado hasta aquí...

ENR. ¿No has pasado del preámbulo?

MAN. ¿He de pasar á las razones anunciadas, cuando no tengo ningunas que exponer?... ¡Ah! ¡Si las encontrase... ya lo creo... nada tan sencillo!... En vez de razones, en apoyo de mi resolución, veo que mi casa es la misma que era.. no la he agrandado; está más vieja que estaba; los papeles bastante deteriorados con el uso... los pisos nada tienen que envidiar á los papeles, ni las puertas tampoco, ni otra porción de cosas... Estos son motivos en favor de los inquilinos...

quienes deberían pedirme rebaja en los alquileres; seamos lógicos.

ENR. Cierto; pero ten presente lo mucho que todo ha encarecido.

MAN. (Enfadándose.) ¡Sería una crueldad, una injusticia proceder de esa manera; y yo no doy semejante disgusto á mis inquilinos!

LEON. ¡Cálmate, papá!

ENR. ¡Ea, no se hable más del caso... y almorcemos... siéntate!...

MAN. No tengo apetito... me lo ha quitado el pensar en la redacción de la dichosa carta.

ENR. ¡Olvídala... tiempo hay de aquí al mes que viene para escribirla!

MAN. (Contento.) Así... ya será otra cosa... con un mes por delante... Cuando venzan los alquileres del próximo, ya habré encontrado razones... y quizá razones buenas. (Sentados y almorzando. A Leoncio.) ¡Acércame los rábanos! Cuando mi hermano no ha llegado todavía, vendrá en el tren mixto. Le trae un negocio importante. Piensa quedarse con la contrata de paño para capotes del ejército, y tiene por socio á un almacenista de aquí, don Indalecio Cotón, el cual estuvo ayer á decirme que espera á mi hermano mañana en el Suizo.

LEON. ¡El tío Francisco no cobrará tan baratos como tú los alquileres de sus casas!

ENR. ¡Ya lo creo!

MAN. ¡Si tiene razones... hace bien!... Cuando yo las tenga... sabré sostenerme, y veréis firmeza de carácter.

ENR. ¡Firmeza! ¿De tu carácter?

LEON. ¡Se va á convertir en energúmeno! (Burlándose cariñosamente.)

MAN. ¡No es preciso extremar las cosas para demostrarlo! Vivo está Williams el cochero...

ENR. Sí, y también estará borracho. Mientras nos sirvió no hacía más que beber.

LEON. Hacía más; volcaba el coche de tres á cuatro veces por semana.

MAN. Con efecto; pero le puse de patitas en la calle, amonestándole agriamente.

ENR. ¡Dispensa! ¡Quien hizo todo eso, fuí yo!

MAN. ¿Y yo que te dije? ¡No quiero verle más! ¡Que se vaya! Y tú le ajustaste la cuenta, etcétera, etc., etc.

ENR. Y tú diste á José cien pesetas para que se las entregara á Williams en el momento de marcharse.

MAN. (Mirando á José que entra con servicio, y después que este se va.) ¡José es un charlatán! (A Leoncio.) ¡Echame agua!

LEON. (Mientras echa el agua.) ¡Oye, papá! Ayer, en Bolsa, se susurraba que Gutiérrez, tu banquero, anda medianamente.

MAN. ¡Pobre Gutiérrez! Habrá que mandar recado... ó mejor... yo mismo iré á enterarme de su salud á...

LEON. Los bolsistas no trataban de la salud de su cuerpo, sino de la de su crédito, á causa de algunos negocios poco afortunados.

MAN. ¡Es muy buena persona! ¡Lástima sería que se arruinase!

LEON. ¡Y tanto! ¿Olvidas el papel del Estado y las ochenta mil pesetas que tiene tuyas en cuenta corriente?

MAN. ¡No!

LEON. Pues si me autorizas para retirar los valores y la cuenta, usaré del poder que me tienes otorgado.

MAN. ¿Pretendes retirarlo todo de una vez? ¡Eso ofendería á Gutiérrez!

LEON. Pero recuperamos el dinero.

MAN. Convengo en retirarlo, pero despacio: hoy cien pesetas, mañana otras ciento... sin dar á entender nuestro recelo.

LEON. (Aparte) Justo, y con esperar ochocientos días estarán en nuestro poder las ochenta mil pesetas.

MAN. (A Enriqueta.) ¿Por qué dijiste á Mr. Macón que yo no estaba en casa?

ENR. Porque el tal zapatero suele ser importuno. Es uno de los inquilinos que te pagan la renta con frases. Mas descuida, que volverá. (Entra José con el café, que coloca sobre la mesa.)

MAN. ¡Desdichado padre de familia! Después de

todo, aunque debe algunos meses, hace entregas á cuenta. La semana pasada me trajo tres pares de botas.

ENR. ¿Se las habías encargado?

MAN. No. Tuvo la delicadeza de hacérmelas espontáneamente. (Vase José.)

ENR. Con esos tres pares son sesenta los que guardo en tu ropero.

MAN. Es natural que yo no pueda estropear tanto calzado, pero la culpa es vuestra. Si tomáseis á Mr. Macon de zapatero, pagaría antes sus alquileres. El infeliz sólo desea trabajo.

ENR. ¡Cualquiera se calza con él!

LEON. ¡Valientes navíos salen de manos de tu zapatero!

MAN. Hace unas botas muy fuertes y que no molestan.

JOSÉ (Entrando.) Mr. Macon viene á tratar de los alquileres, y quiere ver al señor.

ENR. Y LEON. ¡Vaya! (Asombrados.)

MAN. Dile que entre. (Vase José.) ¡Ea! Vuelve á traer dinero. (A Enriqueta y á Leoncio.) ¡No debe pensarse mal de nadie! (Aparece Mr. Macon con José; éste se lleva algunos platos.)

ESCENA III

DICHOS y MR. MACON

MAN. ¡Adelante, Mr. Macon! ¡Adelante, amigo mío!

MACON (Con acento francés.) ¡Oh! No, señor; yo vengo á mala hora, y volveré cuando terminen de almorzar.

MAN. ¡Ea, pase usted y siéntese! Usted vive muy atareado, y no puede andar yendo y viniendo á cada instante.

MACON (Entra.) Gracias. (Después de muchos miramientos, coloca el sombrero en el suelo.)

MAN. ¿Usted gusta?

MACON Gracias, muchas gracias.

MAN. ¿Van marchando mejor esos negocios, eh?

MACON (Sacando la medida del bolsillo.) ¡Ah, señor don

Manuel! (Se hinca de rodillas ante Manuel, dispuesto á tomarle medida.)

MAN. (Que no ha reparado.) Pues, según me han dicho... (Macon le coge un pie y trata de quitarle la bota.) Pero, ¿qué hace usted?

MACON Como ya vencieron otros alquileres...

ENR. Le toma usted medida de botas para deducir su importe de los atrasos.

MACON ¡Justamente, señora! (Levantándose.)

LEON. (A Enriqueta, bajo.) Será el par número sesenta y uno.

ENR. (Bajo á Manuel.) No consientas tal abuso.

MAN. Sí, le hablaré. Tantas botas... (Alto y levantándose.) Mr. Macón: confío en que usted no ha de dar torcida interpretación á mis palabras. Creí que hoy... (Después de mirar á su mujer.) que hoy traía usted dinero.

MACON Usted creía que... (Compungido.)

MAN. (Bajando la voz.) No todo; algún piquillo á cuenta.

MACON Bien sabe Dios que si no lo traigo... es porque no puedo. Precisamente esta mañana decíamos mi mujer y yo: «¡Cuándo llegará el día feliz de pagar á nuestro casero!»

MAN. ¡Muy bien, Mr. Macon! ¡Esas reflexiones honran á usted y á su esposa!

MACON Buenos deseos, los tenemos; pero nos falta trabajo, y con la competencia de almacenes que venden calzado con suelas rellenas de cartón, es imposible á un artista salir adelante.

MAN. (Volviendo á sentarse y dirigiéndose á su mujer y á su hijo.) En verdad que un artista no puede competir con los almacenes.

MACON Además, mi mujer está enferma, y mi hijo con tos ferina. Ayer tuvo un golpe tan fuerte, que rompió un cristal.

MAN. ¡Romper con la tos un cristal!

MACON Lo rompió con la cabeza por huir de mi esposa, que procuraba obligarle á tomar un medicamento.

ENR. Pues diga usted á su esposa que use medios dulces para medicinar al muchacho, porque á ese paso se acabaron los cristales.

MACON El que se rompió ayer era el último de la ventana de la cocina; y por cierto, don Manuel, que entra mucho frío. Tampoco arde la hornilla, está descompuesta, y la chimenea no tira. Quisiéramos que la mandase usted componer, y también que pusieran los cristales en la ventana.

MAN. (Que indicará, con ademanes, deseos de acceder, mira á su esposa, que le obliga con el gesto á negarse.) Parece que, tras de no pagar, pide usted obras. ¡Eso es mucho exigir!

MACON ¡Oh, no, señor! ¡No exijo nada! Usted es demasiado justo; comprende las necesidades de los inquilinos, y nunca da lugar á que se las enseñen; pero si no considera usted precisos los cristales, pondré periódicos en la ventana, aun cuando no entre luz, y con la hornilla nos arreglaremos como Dios quiera, dejando al humo que siga invadiendo toda la casa y que las paredes se pongan de color de chocolate.

MAN. No me niego en absoluto á reparar desperfectos.

MACON Crea usted que si yo tuviese dinero, los haría de mi cuenta; mas figúrese el señor que sin recursos, sin trabajo, enferma la mujer, el chico con tos ferina...

MAN. (Para sí.) ¡Pobre gente! (Alto.) Vaya, la obra no es de tal importancia que merezca discutirse. Hoy mismo mandaré al maestro albañil.

MACON ¿Y al cristalero?

MAN. Y al cristalero.

MACON ¡Ah, gracias; muchas gracias! ¡Me ha dado usted un disgusto!

MAN. ¿Yo?

MACON Me parecía que dudaba usted de mis buenos deseos, de mi impaciencia por pagarle, y me consideré ofendido. Yo soy hombre de bien.

MAN. No tuve intención de ofenderle. Tranquilícese usted.

MACON (Acercándose á Manuel, y con cierta reserva.) ¡En el momento que la suerte me favorezca, pondré todo cuanto gane á la disposición de

usted! ¡Adiós, don Manuel; soy muy desgraciado!

MAN. (Deteniéndole, le dice con reserva.) Hágame usted dos ó tres pares de botas; yo iré á recogerlas para que no se enteren en casa.

MACON Advierto á usted que el pie le ha engordado.

MAN. ¿Sí?

MACON No lo digo por aumentar el precio de las botas.

MAN. Sin embargo, lo justo es lo justo.

MACON De ningún modo; yo llevo siempre lo mismo á los parroquianos antiguos.

MAN. (Aparte.) ¡Es hombre de conciencia! (Alto.) ¡Adiós, Mr. Macon!

MACON ¡Adiós, señora! (Saluda con la cabeza á Leoncio.)

MAN. (Conduciéndole hasta la puerta.) Celebraré que se alivien los enfermos. ¡Y ánimo, que todo se arreglará!

MACON Si no fuera por los almacenes de calzado... (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos MR. MACON; luego JOSÉ

MAN. (Sentándose á la mesa.) ¡Pobre hombre! Le he tratado mal.

LEON. (Con intención.) ¡Muy mal! ¡Con dureza!

ENR. Al fin no conseguiste cobrarte, pero en cambio haces obras.

MAN. Sin importancia y que son necesarias. Alquilo las habitaciones para que las vivan á cubierto de la intemperie, y por lo tanto, deben ponerse cristales en las ventanas. También se debe componer la cocina, pues si no está útil, ¿dónde guisa el inquilino? La lógica es clara.

ENR. También es claro que el zapatero no te pague.

MAN. Involucras las cuestiones. Una cosa es lo que tú dices, y otra la que yo sostengo.

JOSÉ (Entrando.) Varios inquilinos de la casa quieren hablar con el señor.

MAN. (A su mujer.) ¿Ves? Ayer venció la mensualidad, y no aguardan á que les envíe los recibos.

ENR. (Levantándose de la mesa y también Leoncio. A José.) ¿Vienen á recoger los recibos?

JOSÉ Vienen en comisión á reclamar sobre el pago del agua. (Levanta el mantel ayudado de Prudencia.)

MAN. Condúcelos á mi despacho.

ENR. (A Leoncio.) Bueno será que presencies la entrevista de los inquilinos con tu padre.

LEON. Si él no halla inconveniente...

MAN. Ninguno. Caso de que traigan pretensiones exageradas, estando los dos, puedo disculparme diciéndoles que tú eres quien ha de resolver. (Entra Tiburcio.)

ESCENA V

DICHOS y TIBURCIO

LEON. ¡Tiburcio! ¿Tú por aquí?

MAN ¡Adiós, sobrino!

ENR. (Aparte.) ¡Ya volvió ese insolente! (Leoncio se acerca á Enriqueta.)

TIB. (Saludando y sin dar la mano á Enriqueta.) ¡Buenos días, tío! ¡Hola, Leoncio! ¡Tía!...

MAN. ¿Qué haces? ¿Dónde te metes? No te hemos visto la cara desde principios del mes pasado.

TIB. (Aparte.) Desde que pasó aquello con mi tía y le dí el último sablazo de cien pesetas. (Alto y con embarazo.) Cierto, estoy atareadísimo

MAN. ¡Más vale así! (Leoncio y Enriqueta demuestran que no creen á Tiburcio.)

TIB. Trabajo de una manera... ¿No ha venido mi padre?

MAN. Aún no: ni tampoco sabemos en qué tren llegará.

TIB. Me escribió diciendo: «Los negocios son lo primero; no los abandones por esperarme en la Estación; cuando pases cerca de casa

de mi hermano, á donde me alojaré, sube á verme; y en seguida te marcharás á continuar tus quehaceres.»

LEON. (Aparte.) ¡Mi tío sigue tan cariñoso como siempre!

MAN. ¿De modo que á no ser por eso, mi sobrino Tiburcio hubiera olvidado á sus parientes? Tengo que echarte un regaño; pero, ahora, voy al despacho... me aguardan unos señores... ¿vamos, Leoncio?

LEON. Vamos.

MAN. (Según sale con su hijo, le dice.) Pongámonos de acuerdo: si traen grandes pretensiones me disculparé contigo. (Vanse.)

ESCENA VI

ENRIQUETA, que se había sentado, volviendo á su labor, cuando la entrada de Tiburcio, recoge el bordado

TIB. (Aproximándose á ella receloso.) ¡Tía! ¿No cose usted más? (Enriqueta se marcha sin contestar y saludándole seriamente.)

ESCENA VII

TIBURCIO y FRANCISCO

TIB. (Solo.) Veo que le dura el enfado. (Dirigiéndose hacia donde salió.) ¡Guapísima! ¡Es una mujer, hasta allí; pero muy suspicaz... y rencorosa... (Ruido de voces en la antesala.)

FRAN. (Entrando.) Para eso trabajo yo: para dar gratificaciones. ¡Vaya con los cocheros! (Deja la maleta en el suelo, á la izquierda.)

TIB. ¡Papá!

FRAN. ¡Ah! ¿Eres tú?

TIB. (Haciendo ademán de abrazarle.) ¿Me permites?...

FRAN. (Deteniéndole.) ¡Poco á poco! Hablemos antes de lo que interesa. ¿Trabajas?

TIB. ¡Sí!

FRAN. ¿Cómo es tu comportamiento?

TIB. ¡Bueno!

FRAN. ¿Y tu conducta?

TIB. ¡Moral é intachable!

FRAN. ¡Pues entonces, abrázame! (Se abrazan.)

FRAN. (Aparte.) ¡Así ha de educarse á los hijos!

TIB. ¿Hay novedad por el pueblo? ¿Cómo sigue la familia?

FRAN. Las primeras materias están por las nubes y la fabricación no prospera todo lo debido. (Como para sí y furioso.) ¡Malditos gobiernos que nunca se acuerdan de proteger á los fabricantes! (Variando de tono.) ¿Y mi hermano?

TIB. Acaba de irse al despacho... voy á llamarle.

FRAN. No hay prisa... ¿Conque, trabajas?

TIB. ¡Sí, papá!

FRAN. ¿De veras?

TIB. ¿Lo dudas?

FRAN. Soy como Santo Tomás; creo lo que veo. ¿Tienes pleitos?

TIB. Pleitos... aún no; tampoco tengo causas; pero doy lecciones de repaso á estudiantes de derecho.

FRAN. ¿Eso vale dinero?

TIB. Sí.

FRAN. ¿Cuanto?

TIB. Pues... (Titubeando.)

FRAN. ¿Cuanto?

TIB. (Con resolución.) ¡Ochocientas pesetas mensuales!

FRAN. ¡Bonita cantidad! ¡Enséñamela!

TIB. No la llevo en el bolsillo.

FRAN. Bien hecho. No olvides lo que te he recomendado en mis cartas, y mándame tus ahorros.

TIB. ¡En ello pienso siempre!

FARN. Los colocaré á intereses crecidos para animarte á ser económico... pero todavía no me has enviado un céntimo.

TIB. Empezaré á enviarte dinero desde el año que viene... este no podrá ser... he gastado mucho en amueblar mi habitación.

FRAN. Mañana veré tus compras.

ESCENA VIII

DICHOS, MANUEL y LEONCIO

MAN. (Entrando y á su hijo.) Repito que les asiste razón... no deben pagar el agua... ya la pagan todos los propietarios.

LEON. Añadiéndola á los alquileres...

FRAN. (Mezclándose en la conversación.) ¡Eso es lo justo!

MAN. ¡Adiós, Francisco! (Abrazándole.) ¡Hermano mío!

FRAN. (Dejándose abrazar y con indiferencia.) ¡Hola, hombre!

MAN. ¿Y la familia?

FRAN. Las primeras materias están por las nubes y la fabricación no prospera todo lo debido...

TIB. (Interrumpiendo á su padre, y en el tono que éste antes.) ¡Malditos gobiernos que nunca se acuerdan de proteger á los fabricantes!

FRAN. (Satisfecho.) ¡Eso iba á decir.

MAN. ¿El viaje ha sido bueno?

FRAN. Sí.

LEON. ¿No me abraza usted, tío?

FRAN. ¡Adiós, Leoncio! (Le da la mano.) ¿En qué se ocupa este perillán?

MAN. (Algo ofendido.) ¡Este perillán es abogado!

LEON. ¡Como mi primo!

FRAN. ¿Tienes pleitos?

LEON. ¡Aún no!

FRAN. ¡Ya, como mi hijo! Pues si los abogados de Madrid no tienen pleitos, ¿á qué se dedican?

MAN. Mi hijo, por ahora, frecuenta la sociedad y va adquiriendo relaciones.

TIB. (Dirigiéndose á su padre.) De ese modo le conocen á uno y, al fin, llegan los negocios.

FRAN. ¡Calla!

MAN. Le he dado poderes amplios, y me ayuda en la administración de nuestra hacienda.

FRAN. ¡Valiente tarea!

LEON. (Aparte.) ¡Qué gana de mezclarse en lo que no le importa!

FRAN. Yo mantengo el principio de que un joven de veinte años en adelante, es un hombre, y no debe vivir á costa de su padre. (A Tiburcio.) ¿Estamos?

TIB. ¡Sí, papá!

MAN. Negar á un hijo que empieza su carrera amparo, es condenarle á morirse de hambre.

FRAN. (Por Tiburcio.) ¿Ves á este joven? Pues á los veinte años y un día le corté la ración en absoluto, y le dije: «Eres un hombre: búscate los medios de comer...» ¡Aquí lo tienes! ¡Ha trabajado por buscarlos y los halló! Hoy da lecciones y gana dinero. ¿Verdad?

TIB. ¡Sí, papá!

MAN. Pero le enviarás algunos piquillos de cuando en cuando.

FRAN. ¡Eso sí! Le tengo señalados veinticinco duros anuales el día de su santo; pero no se los mando. Los conservo yo en cuenta que le produce buen interés.

MAN. ¡Con los intereses de veinticinco duros se hará capitalista!

FRAN. El tunante pretendió enternecerme el primer año, escribiendo cartas muy sentidas, y mi contestación fué dejarle á la luna de Valencia, añadiendo siempre: «¡Conozco el sistema. Tu amante padre, Francisco!»

MAN. ¿Y te quiere?

FRAN. ¿Que si me quiere? (Bruscamente.) ¿Me quieres?

TIB. ¡Sí, papá!

FRAN. ¡Ya lo escuchaste!

MAN. (Aparte.) ¿Qué ha de contestar si casi le pone un trabuco al pecho?

FRAN. Y tú, ¿cuánto das mensualmente á Leoncio?

LEON. (Aparte.) ¡Qué tío tan indiscreto!

MAN. Pues... lo que me pide... no llevo cuenta...

LEON. Cuando me hace falta dinero se lo pido á mi padre, y santas pascuas.

TIB. ¡Eso es lo natural!

FRAN. ¡No oigas estas cosas! (Remedando á Leoncio.) ¡Y santas pascuas! ¡Buena andará la casa!

MAN. Leoncio es formal...

FRAN. (Cogiendo á Tiburcio por una solapa.) Al venir

este chico al mundo le abrí una cuenta que se llama «Tiburcio.» ¿Sabes cuánto me ha costado el nene desde su nacimiento?

MAN. ¡Quién puede calcular!...

FRAN. Doce mil quinientas pesetas...

MAN. ¡No te ha salido caro! ¿Es la suma justa?

FRAN. No. Son doce mil quinientas tres pesetas con veinte céntimos, y quince más del sello á la carta que le escribí, anunciando mi venida; ó sean treinta y cinco céntimos.

MAN. Has hecho un buen negocio. Pues mi hijo habrá gastado doble, ó triple que el tuyo.

FRAN. ¡Cuánto despilfarro!

MAN. Aunque lo fuera, resulta perfectamente empleado; pues tengo aquí un hijo que me adora y un amigo entrañable.

LEON. Sí, un hijo que te idolatra y respeta como merece padre tan dulce y cariñoso. (Abraza á Manuel.)

FRAN. (Aparte.) ¡Cómo engaña á mi hermano! ¡Me llevan los demonios cuando veo zalamerías semejantes!... (Alto.) ¿Cuál es mi habitación?

MAN. La de siempre. Al lado de la mía.

FRAN. (Cogiendo su maleta y á Tiburcio.) Comeremos de fonda; te convido y pasaremos el día juntos.

TIB. (Aparte.) ¡Qué aburrimiento! (Alto.) No sé si podré...

FRAN. ¿Qué dices?

TIB. Que tengo una lección á la caída de la tarde y...

FRAN. Bueno... comeré con mi hermano... Ahora, ya nos hemos visto; estás bueno .. conque no pierdas más tiempo y marcha á despachar tus asuntos.

TIB. ¡Adiós, papá!... ¡Adiós, tío!... (Bajo á Leoncio.) ¡Qué simpático es mi padre! (Vase.)

FRAN. (Aparte y viendo salir á Tiburcio.) ¡Así deben educarse los hijos! (Vase por la segunda izquierda.)

MAN. (A Francisco.) Oye: don Indalecio te espera mañana por la tarde en el Suizo, para tratar de la subasta.

ESCENA IX

MANUEL, LEONCIO, luego JUAN y LAURA

MAN. ¡12.500 pesetas un hijo mayor de veinte años!

LEON. ¡Mi tío cría á sus hijos con alpiste!

MAN. Yo prefiero criarlos con jamón. (Entran Juan y Laura.)

JUAN ¡Adiós, Manuel! (Leoncio va hacia Laura y la conduce hasta un asiento, al lado derecho.)

MAN. ¡Hola, Juan! ¡Cuánto bueno por mi casa! Leoncio, lleva á Laura con tu madre.

LAURA ¿Sabe usted si acabó el bordado?

LEON. (A Laura.) Lo estará acabando.

LAURA Vamos al gabinete.

MAN. (Levantando la cortina de la puerta del gabinete.) Pasad, hijos míos. (Vanse Laura y Leoncio.)

MAN. (Reparando en el aspecto de Juan.) ¡Estás triste! ¡Ea! ¡Cuéntame tus penas!

JUAN Tan preocupado estoy y con tal pasión de ánimo, que llevo tres noches sin dormir.

MAN. ¿Pues qué te sucede?

JUAN ¡Ignoro el paradero de la *Hermosa Mariquita!*

MAN. ¿Estás loco? ¡A tus años y casado piensas en otra mujer que la tuya!

JUAN ¡Se trata de un barco de ese nombre! Hará cuarenta días que salió de Málaga para Inglaterra, cargado con valor de doscientas mil pesetas, pagaderas al arribo de la *Hermosa Mariquita*, que no ha llegado á su destino. ¡Quizás esté perdida! Siendo así, yo también lo estoy, porque no puedo librar contra la casa inglesa; debo satisfacer letras aceptadas á pasado mañana, en cantidad de ciento veinticinco mil pesetas, y solo tengo en caja y cobros á la vista setenta y cinco mil.

MAN. ¡Pobre amigo mío! ¿Luego te faltan cincuenta mil?

JUAN ¡Cincuenta mil pesetas!

MAN. Cuando hablabas de cientos de miles de pesetas me asustaste, por creer yo que no podría acudir en tu ayuda... ¡Tendrás las cincuenta mil pesetas!

JUAN ¡Gracias, Manuel, gracias! Pero no acepto tu generosa oferta... Si el barco se ha perdido no podría devolverte esa cantidad.

MAN. ¿Dónde había de estribar el mérito del servicio si contases con la certeza de reintegrarme el dinero? ¡Tanto valdría, entonces, prestárselos al mismísimo Banco de Inglaterra!

JUAN Pero...

MAN. ¡Vaya, Juanillo! ¡No seas quijote! (Sonriendo dulcemente.) ¡Juanillo! Así te llamaba yo en el colegio, y tú á mí Manolo... Los viejos renunciamos al diminutivo por temor á las burlas; pero estando solos bien podemos disfrutar desahogo tan inocente, que nos recuerda los tiempos felices de la infancia. ¡Anda, llámame Manolo! ¡Yo te llamaré Juanillo!...

JUAN (Abrazándole.) ¡Manolo, amigo del alma!

MAN. ¡Aprieta, Juanillo!

JUAN ¡Qué bueno eres!

MAN. Ni más, ni menos que tú. Cesen las preocupaciones que te inquietan y deja escrúpulos á un lado. Pasado mañana tendrás el dinero. Voy al despacho para escribir á mi agente de Bolsa... (Vase)

ESCENA XI

JUAN, después LEONCIO

JUAN (Solo.) ¡Qué hermoso es tener amigos verdaderos! ¡Desde niño fué Manuel el hombre más bueno de la tierra! Pondré un telegrama á Londres, para ver si tienen noticias del barco... (Se dispone á salir.)

LEON. (Entrando.) ¿Se marcha usted, don Juan?

JUAN ¡Sí, voy al telégrafo; pero vuelvo por Laura!

LEON. ¡Deseo decir á usted una cosa!...

JUAN Pues me detengo y te escucho.

LEON. Es asunto muy serio...

JUAN ¡Habla, hombre! Pero sé breve.

LEON. Lo seré. Amo á Laura.

JUAN No cabe mayor brevedad.

LEON. Ella me corresponde, y quisiera que fuese mi mujer.

JUAN Contestaré también con brevedad. Eres un joven formal, sin vicios... en fin tan digno de estimación como tu padre, al que te pareces en todo... Tu pretensión me colma de placer y sería muy dichoso si llegase á tenerte por yerno...

LEON. ¡Ah, mil gracias!...

JUAN Mas una coincidencia... que ahora no puedo explicar, me impide contestarte en definitiva hasta pasados algunos días.

LEON. Aguardaré los días necesarios.

JUAN ¡Así me gusta! ¡Haz como yo, espera!

LEON. ¡Espero!

JUAN (Aparte.) No sería decoroso contestar á su demanda hasta saber si estoy ó no estoy arruinado. (Alto.) ¡Espera!

LEON. Descuide usted, que espero aun cuando impaciente. (Vase Juan despidiéndose cariñosamente de Leoncio.—Este vuelve á escena y viendo á Laura entrar, cierra la puerta del foro.)

ESCENA XII

LEONCIO, LAURA, luego FRANCISCO, y después MANUEL.

LAURA (Entra bordando con la labor que hacía Enriqueta y después de hablar se sienta y borda.) ¿No está papá?

LEON. Ha ido al telégrafo... (Pausa.) ¿De visita y bordando?

LAURA No hay más remedio. Esta labor debía terminarla hoy Enriqueta; pero como no la has dejado bordar... interrumpiéndola con tu charla.

LEON. ¡Pues también acabo de charlar con tu padre!

LAURA ¿Qué le has dicho?

LEON. ¡Le hablé de cierta señorita... á quien adoro... y deseo tomar por esposa!...

LAURA ¿Y qué contestó mi padre?

LEON. ¡Que espere! (Acercándose á Laura.)

LAURA (Llena de júbilo.) ¡Ah! (Leoncio con muestras de cariño va á coger una mano de Laura y entra Francisco. Laura vuelve á bordar.)

FRAN. ¡Oh, oh! ¿Estorbo?

LEON. ¡No, señor! ¡Tío, presento á usted á la señorita Laura Alvarez!

FRAN. (Saludándola) ¿Hija de don Juan? (Laura inclina la cabeza afirmativamente.) ¡Ya, ya! Tuve relaciones comerciales con su padre de usted, hombre muy trabajador... y observo con gusto que su hija sigue el buen ejemplo... Hace usted bien en ser trabajadora, señorita... ¡Así quiero yo á la gente!

LEON. (Aparte.) ¡Esa indirecta es para mí!

FRAN. (Examinando el bordado.) ¡Bonito, muy bonito! ¿Para qué sirve esta labor?

LAURA Para guardar guantes. Es uno de los objetos que se rifarán en el sorteo de beneficencia, cuyos billetes vendo yo.

FRAN. (¡Caí en el garlito!)

LAURA Hay tal miseria, que nada basta para atender á los pobres, y todos debemos contribuir á socorrerlos.

FRAN. (¡Conozco el sistema!)

LAURA (Que habrá sacado billetes del bolsillo y contándolos.) ¿Cuántos billetes desea usted?

FRAN. ¡Yo!...

LEON. ¡Vamos, tío! ¡Tome usted diez ó doce! (Con intención de molestarle.)

FRAN. ¿Nada menos? ¡Pero si tengo mala suerte en las rifas!... Una sola vez salió premiado mi número con un par de zapatillas, que no me sirvieron por pequeñas.

LAURA ¡Pues yo le traigo á usted la fortuna!

FRAN. Es posible... Vaya... Deme usted billetes por valor de... dos reales... (¡Como hice negocios con el padre, no puedo negarme en absoluto!)

LAURA Cada papeleta vale cuatro.

FRAN. ¡Oh!... Pues venga media... ¡Bueno! ¡Venga una! (Le da una peseta.)

LAURA. Un sólo número es poco para tentar la suerte.

FRAN. (Tomando el billete y tratando de sonreir.) No soy ambicioso. Si sale premiado basta.

MAN. (Entrando con un papel y un lápiz) Ochenta mil nominales de consolidado, ó setenta mil de amortizable, dan la suma próximamente. (Viendo á Leoncio.) ¡Oye, Leoncio! Ve á casa de mi Agente de Bolsa y dile que venda el papel anotado aquí... al mejor cambio posible.

LEON. ¡Bien, papá!

MAN. Si salieses ahora y fueras de prisa, quizás lo vendería hoy.

LEON. Tomaré un coche. ¡Hasta luego, tío! ¡Adiós, Laura! (Esta le acompaña hasta la puerta y después vuelve á sentarse y á bordar.)

ESCENA XIII

DICHOS menos LEONCIO

FRAN. ¿Vendes títulos? ¿Temes que bajen los fondos

MAN. ¿Yo? ¡Cá! Me hacen falta diez mil duros y por eso vendo papel.

FRAN. ¿Estás apurado?

MAN. Son para un amigo.

FRAN. ¿Un amigo?

MAN. Sí; un amigo de la infancia.

FRAN. ¡Imposible! ¡Tú me engañas, ó te has vuelto loco!

MAN. ¡Ni lo uno, ni lo otro!

FRAN. ¡Diez mil duros constituyen un capital! ¿Qué amigo es ese?

MAN. Una persona (Recordando que está Laura.) á quien no puedo nombrar.

FRAN. ¡Algún perdido que procura estafarte!

MAN. ¡Francisco, calla! ¡No calumnies!

FRAN. ¡Bueno! ¿Qué te hipoteca para la seguridad del pago?

MAN. ¡Hombre, por Dios! ¿No te he dicho que se trata de un amigo?

FRAN. Aun cuando vuelvas á repetirlo ochenta veces, siempre me parecerá que el título de amigo no trae aparejada seguridad de cobro.

MAN. No te detendrías en semejantes reflexiones acerca de mi amigo, si conocieses el apuro en que se halla.

FRAN. Conozco perfectamente el apuro de ese, del otro y del de más allá; de todos los amigos que piden dinero. Como si lo viera: llegó muy humilde á contarte cierta historia tristísima, capaz de hacer llorar á las piedras. ¡Parece mentira que no escarmientes cuando tantas has escuchado, y todas cortadas por idéntico patrón. ¡Tú te las tragas como un bendito!... ¡No, como un papanatas!

MAN. ¡Francisco! (Con cariñosa reconvención.)

FRAN. ¡Sí; fuiste, eres y serás un papanatas! ¿Mire usted que dejarse enternecer por cuantos pillos se le acercan?

MAN. ¡Exageras! Yo sé mantenerme imperturbable cuando llega la ocasión, y hace poco rato dije á un inquilino algunas palabras que le molestaron.

FRAN. ¡Mucho! ¡De seguro que salió riéndose de tí! Díganlo si no los operarios de nuestra fábrica, á quienes tenías desmoralizados con la debilidad de tu carácter.

MAN. ¡Cada cual tiene el que Dios le dió!

FRAN. Cuando recuerdo el taller de niños... de que estabas encargado...

MAN. ¿Querías que no me doliese ver á tantas criaturas trabajando diez horas diarias?

FRAN. Si te hubiese dolido solamente, pase; pero les decías á cada momento: ¡Ea, descansad un poco; salid al patio; jugad, que la salud es lo primero!

MAN. Mas sabía hacerme obedecer...

FRAN. Y también perdíamos quinientos reales diarios... A no empeñarme en liquidar nuestra sociedad, estoy ahora pidiendo limosna, gracias á las blanduras de tu corazón.

MAN. Los obreros sintieron que me viniese á Madrid.

FRAN. Más lo hubieran sentido á quedarte, pues,

ya estaría cerrada la fábrica y ellos sin trabajo.

MAN. ¡Si la separación de nuestros capitales ha evitado la ruina de tanta gente, lo celebro; pues yo vivo sin el remordimiento de gozar riquezas que otros ganaron con su trabajo!

FRAN. ¡Calla! ¡No digas sandeces y piensa que mientras tus rentas disminuyen, yo aumento las mías!

MAN. Me alegro mucho. Con las que tengo me basta.

FRAN. ¡Veremos si piensas lo mismo cuando rentas y capital se filtren por el agujero que tienes en la mano!

MAN. Si sucede, me quedará la satisfacción de no haber dejado morir de hambre á nadie cuando pude darle de comer.

FRAN. Pero, ¿dónde viven esos que no comen?

MAN. ¡En muchos sitios! Precisamente ayer mismo socorrí á un infeliz que llevaba cinco días sin probar alimento alguno.

FRAN. ¿Eso lo diría el infeliz?

MAN. ¡Y avergonzadísimo al contarme su angustiosa situación.

FRAN. No hay ser que pueda vivir cinco días sin alimento.

MAN. ¡Qué sabes tú! ¿Has hecho la prueba?

FRAN. No; pero aseguro que si en vez de monedas socorres á ese prójimo con una hogaza de pan, te envía á freir espárragos.

MAN. ¡Lo dijo Blas!...

FRAN. Yo, por lo menos, te hubiera enviado. Conozco el sistema.

MAN. Tú lo conoces todo; y te quedas tan satisfefecho con la frasecita. Viene un amigo del alma, te confía sus penas, y en vez de ampararle, juzgas más conveniente decir: «Conozco el sistema.» Hallas un mendigo, cuyo aspecto muestra sello indudable de miseria, y respondes á sus lamentos: «Conozco el sistema.» Tienes un hijo, que necesita tu ayuda, y le dejas sólo, sin medios de procurarse el sustento, en ciudad tan populosa como esta; y cuando tu hijo acude á

tí, á su padre, en demanda de algún auxilio, le escribes: «Conozco el sistema...» y le cargas quince céntimos en la cuenta... Esto es muy censurable, muy feo... y me inclina á darte un calificativo...

FRAN. ¿Cuál? ¡Dilo!

MAN. ¡No! ¡No quiero ofender á mi hermano!

FRAN. ¿Acabaste la filípica?

MAN. Sí.

FRAN. Pues entonces, vamos á comer fuera de casa. Antes me despediré de tu mujer y le digo que te secuestro.

MAN. Bueno; pero ya que me llevas de picos pardos, quiero comer bien, y me gustaría ir á la mejor fonda, porque la otra vez me hiciste entrar en un figón y...

FRAN. ¡Hombre! Sin embargo, vamos á disfrutar de suculenta cocina, y nada me detiene si logro convertirte á mis teorías. Opino que el mundo se divide en dos clases de personas... unas que nacieron para vivir engañadas eternamente, y otras á quien nadie engaña. Tú perteneces á la primera clase y yo á la segunda. Habitamos en distinto emisferio.

MAN. ¡Por dicha mía!

FRAN. Sigue en tus trece: déjate desplumar... siempre serás un papanatas. (Vase al gabinete.)

ESCENA XIV

MANUEL, LAURA, luego FRANCISCO

MAN. ¡Un, papanatas!

LAURA (Acercándose á Manuel.) Yo digo que usted es y que usted será siempre un hombre bondadoso y adorable. (Abrazándole.) ¡Deme usted un abrazo!

MAN. (Besándola en la frente.) ¿Ya has oido cómo me juzgan?

LAURA ¡Sí! Hace usted perfectamente pensando bien del prójimo y socorriéndole... siga us-

usted en el emisferio de los engañados... que es el mejor... digan lo que digan.

MAN. ¡Eres una muchacha angelical!

LAURA Y si no le pagan á usted con gratitud, ¿qué importa? ¿Son acaso los beneficios capitales impuestos á interés?

MAN. ¡Bendita seas! ¡Quisiera que te oyese mi hermano!

LAURA Yo mantengo á cuantos pájaros andan por los tejados de mi barrio.

MAN. ¿Sí?

LAURA Ya conoce usted el terrado de casa. Allí por las mañanas les echo migas de pan. ¡Cuántos gorjeos entonan y de qué modo tan gracioso y vivaracho mueven sus piquitos cuando llegan á comer! En invierno, aparto la nieve, y de este modo les preservo del excesivo frío .. En verano, como las macetas están sembradas de arbustos, encuentran tupido follaje donde sestear á la sombra... ¿Se figura usted que los picaruelos me lo agradecen? ¡Pues no, señor! ¡Huyen de mí como de un enemigo! Si abro la puerta, escapan volando, y algunos, que de tanto verme, llegan confiados á tener el descaro de comer en la palma de mi mano, hasta me suelen dar picotazos en los dedos.

MAN. (Con disgusto.) ¡Ah, ingratones!

LAURA Mas ni aspiro á su reconocimiento... ni están obligados á demostrármelo: son hechuras de Dios que tienen hambre, y me colma de dicha el poder satisfacerla. Usted alimenta también sus pajarillos... y cada cual los suyos.

MAN. ¡Tienes un corazón de oro! ¡Permíteme que te bese otra vez!

LAURA (Dirigiéndose hacia el gabinete.) ¡Adiós! Y no retroceda usted nunca... ame sin reparo á los pajarillos. (Vase al gabinete.)

F..AN. (Entrando.) ¡Qué conmovido! (Viendo á Manuel enternecido.—Tosiendo.) ¡Hum, hum!

ESCENA XV

MANUEL y FRANCISCO, después JOSÉ

FRAN. Ponte el sombrero y vamos á dar un paseo que nos estimule el apetito.

JOSÉ (Entrando.) ¡Señor, esta carta!

MAN. (Abriéndola y después de repasarla.) ¡Ah, desdichado!

FRAN. ¿Qué es ello?

MAN. ¿Aseguras que nadie se muere de hambre?... Escucha. (Leyendo.) «Me dirijo á usted fiado en sus nobles sentimientos y generoso corazón...»

FRAN. (Aparte.) ¡Un timo!

MAN. «No tengo trabajo.»

FRAN. (Aparte.) ¡Holgazán!

MAN. «Mi padre está ciego, mi madre paralítica de todo el cuerpo, y oigo á cada instante las voces de mis tres hijos en lactancia, que desde la cuna me piden pan.»

FRAN. (Aparte.) ¡Y están mamando! ¡Qué precocidad!

MAN. «¿Habré acudido en vano á usted, cuya caridad no tiene límites? ¿Dejará su alma bondadosa en el desamparo á mi familia? Simón Nogales, Válgame-Dios, 80.—5.º interior, escalera del patio.» (Conmovido.) ¡Triste situación la de esta familia!

FRAN. (Irónicamente.) ¡Tristísima!

MAN. (Como antes y leyendo.) «Post-data; Deje usted la respuesta en la portería.» (Reconociendo su bolsillo.) ¡Infelices!

FRAN. ¿Te la tragas?

MAN. ¡Desgracias semejantes no se inventan! ¡El padre ciego, la madre paralítica... tres criaturas mamando!... Pienses lo que pienses... son mis pajarillos .. y cada cual tiene los suyos.

FRAN. ¡Sí, sus cuervos!

MAN. No quiero discutir... ¡Te parece que diez pesetas!...

FRAN. ¡Ni un céntimo! Vaya, puesto que te empeñas, hagamos una apuesta.

MAN. ¿Una apuesta?

FRAN. Yo sostengo que ese papelito no dice palabra de verdad.

MAN. Y yo que la dice; y te convenceré. ¿Qué va apostado?

FRAN. ¡La comida!

MAN. Pues andando; á casa de estos desgraciados.

FRAN. ¡Sea! ¡Tú pagarás!

MAN. (Aparte.) ¡Infeliz! ¡No cree en las desdichas ajenas! (Vanse y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ, PRUDENCIA, ENRIQUETA y después TIBURCIO.—Aparecen José y Prudencia limpiando la habitación

PRUD. ¡Cosa más rara! ¿Cómo no se habrá levantado aun el señor!

JOSÉ ¡Tampoco se ha levantado su hermano! ¡Ambos estuvieron ayer de francachela y necesitan reposarla!

ENR. (Entrando de sus habitaciones en traje de calle, con abanico y sombrilla.) ¿Son las once, y todavía no han limpiado ustedes el comedor?

PRUD. ¡Enseguida acabamos!

JOSÉ ¡Me he retrasado por no despertar al amo!

ENR. ¿Duerme á estas horas? ¡Sin duda está enfermo!

JOSÉ ¡No, señora! Está cansado. Anoche vino tarde; anduvo paseando en su cuarto hasta la madrugada; y temiendo yo lo que usted, entré á preguntarle si necesitaba algo: me contestó que nada le hacía falta y que se iba á acostar.

ENR. ¡Más vale así! Tomaría café, que siempre le desvela... Cuando despierte el señor, dígale usted que he salido á bañarme.

JOSÉ ¡Bueno! (Vase seguido de Prudencia.)

ENR. (Concluyendo de ponerse los guantes.) ¡Dios quiera que Francisco no obligue á Manuel á frecuentar mucho las fondas!

TIB. (Entrando por el foro, después de hablar dentro.) ¡No, no llamadle! ¡Esperaré á que despierte!

ENR. (Disponiéndose á salir.) ¡Tiburcio!

TIB. ¡Adiós, tía mía! ¡No hay que preguntarle por la salud! Esos colores matutinos, demuestran que es buena! ¡Parece usted á estas horas y á las otras, fresquísima rosa de Jericó! (Enriqueta le saluda friamente y vase.) ¡Qué perfume esparce usted!

ENR. ¡Badulaque!

ESCENA II

TIBURCIO, luego LEONCIO

TIB. (Solo.) ¡Continúa enfadada conmigo! (Mirando hacia el foro.) ¡Hermosísima!... ¡Pero muy arisca!

LEON. (Entrando con el sombrero puesto. por la izquierda segundo término.) ¡Ah! ¿Eres tú, primo?

TIB. ¡Buenos días, Leoncio! Aguardo á mi padre.

LEON. No se ha levantado.

TIB. Lo sé. ¡Nuestros padres banquetearon ayer como unos calaverones! ¡Y puede que empinaran el codo de lo lindo!

LEON. (Algo amostazado.) ¡Mi padre no empina el codo!

TIB. ¡No te enfades, hombre! ¡Hablo en broma!

LEON. ¡Siempre serás el mismo!

TIB. ¡No lo creas! ¡Estoy muy triste!

LEON. ¿Qué tienes?

TIB. ¡Nada... no... sí, tengo una deuda de doce mil pesetas largas!

LEON. (Riéndose.) ¡Tanto como lo gastado por tu padre en tí desde que naciste!

TIB. ¡La vida cuesta un sentido! ¿Qué he de hacer, si el autor de mis días y mis noches se cierra á la banda, y llevo dos años en Madrid sin cobrar un céntimo? ¡Pues acudir á usureros caritativos que, sólo exigen para

prestarme dinero, ciento por ciento, y la presentación de una cédula de vecindad falsificada!

LEON. ¿Falsificada?

TIB. ¡Sí, primo! (Enseñándosela.) Esta cédula es la mía; por ella me declaro mayor de edad, y como no lo soy, otorgo escrituras ilegales á sabiendas de mis bienhechores!

LEON. ¿Los usureros descuentan la herencia que esperas?

TIB. ¡Sí! Tan benéficos caribes, tratan de aprovechar la estancia de mi padre (que no sé por donde demonios han averiguado) diciendo sin duda «más vale pájaro en mano, etc.» ¡Y quieren descubrir el pastel!

LEON. ¿Y cómo te las piensas arreglar?

TIB. ¡Lo ignoro!... ¡Dame tu consejo!

LEON. ¡Pues confiesa la verdad á mi tío!

TIB. ¡En seguida!... ¡Aconséjame otra cosa!

LEON. No me ocurre camino más seguro de resolver la cuestión; y yo, en tu caso, procedería así con mi padre.

TIB. ¡Pero tu padre no es mi padre!... El tuyo entra en el número de las personas cuya caja se abre (Aparte.) hasta para mí, (Alto.) mas la caja del mío, ¡ni con dinamita!

LEON. Entonces déjalo á cargo de los usureros; son mejores que la dinamita: ante ellos no hay caja invulnerable, y la harán pedazos.

TIB. ¡Lo dudo; pero en cambio mi padre, hará pedazos á su hijo!... ¡Tantos por lo menos como pesetas le reclamen!

LEON. ¡Prueba á confiarle tus cuitas!... ¡El tío Francisco es así... en la apariencia; mas en el fondo... te quiere!

TIB. ¡Sí... muy en el fondo!

LEON. ¡No te queda otro recurso!

TIB. No habiéndolo... paciencia... accedo... y tú te encargarás de explicarle...

LEON. Esos son asuntos muy delicados, que solo deben tratarse entre padre é hijo... y luego, que yo tengo precisión de salir ahora á casa del Agente de bolsa... á recoger un dinero...

FRAN. (Dentro.) ¡José! ¡Agua caliente!

TIB. ¡Ay! ¡Ya se ha levantado!

LEON. ¡Adiós, primo! ¡No puedo detenerme! (Vase precipitadamente.)

TIB. (Viéndole salir.) ¡Egoista!

ESCENA III

TIBURCIO, FRANCISCO y JOSÉ

FRAN. (Saliendo en mangas de camisa.) ¡José! ¡Agua caliente!

TIB. (Aparte.) ¡Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita!...

FRAN. (Reparando en su hijo.) ¡Tú por aquí!

TIB. Antes de empezar mis lecciones he querido darte un abrazo... y...

FRAN. ¿Y para eso vienes?

TIB. ¡Para eso! (Sonriente y cariñoso.)

FRAN. No apruebo que pierdas la mañana en tonterías.

TIB. (Aparte.) ¡Qué amabilidad! (Alto.) ¡Es que doy una lección cerca de esta casa!...

FRAN. Trayéndote por estos barrios el negocio, ya es distinto... ¡Abrázame, profesor! (Se abrazan.) Anoche pasé un rato agradabilísimo, y también me convertí en profesor de tu tío, dándole una lección de mundología. (Se ríe con estrépito y Tiburcio le imita. Francisco cesa de reír y dice de pronto.) ¿Conque vas á tu trabajo? ¿Dónde vive el discípulo?

TIB. (Cesando de reír.) ¿El discípulo?... ¡Ahí... ahí... á la vuelta! (Como iluminado por una idea. Aparte.) ¡Justo! ¡Si yo pudiese! (Alto.) ¡No se trata de un discípulo, sino de un cliente! Me ha rogado que vaya á su casa para consultarme...

FRAN. ¿En Madrid acuden los abogados al domicilio de los clientes, como los médicos?

TIB. ¡No siempre!

FRAN. ¡Ah, vamos! ¡Las consultas así serán más productivas!

TIB. ¡Mucho más productivas!

FRAN. ¿Qué te darán por ésta?

TIB. ¡Me darán... me darán... trescientas pesetas!

FRAN. ¡Bravo! ¡Ofrécete de continuo á emitir tu opinión en casa de los litigantes!

TIB. ¡El asunto que traigo hoy entre manos es arduo!... Mi consultor, hijo de familia... joven... muy simpático... no feo... de carácter bondadoso... ¡que adora á su padre!... ¡Oh, sí, adora á su padre!... Ha tenido la desgracia de contraer deudas...

FRAN. ¿Deudas?

TIB. ¡No muchas!... ¡Sumarán en junto doce mil pesetas!...

FRAN. ¡Doce mil pesetas! (Con vehemencia.) ¡Dile al señorito, de mi parte, que es un tramposo y un perdido!

TIB. ¡Hay circunstancias que le disculpan!

FRAN. ¡No existen jamás para quien tiene padre y pertenece á una familia honrada, cuando llega al extremo de contraer deudas!... ¡El que procede de este modo es un pillo!

TIB. ¡Mas, papá!

FRAN. (Colérico.) ¡Un pillo!... ¿Opinas lo mismo, sí ó no?

TIB. ¡Sí, papá!... ¡Es un pillo!

FRAN. ¡Ya lo creo! (Furioso.)

TIB. (Aparte.) ¡Cualquiera le dice ahora la verdad! ¡Aprovecharé otra ocasión!

FRAN. ¿Tú sabes lo que haría yo contigo, á encontrarte en el caso de ese sinvergüenza?

TIB. (Temblando.) ¿Qué harías, papá?

FRAN. ¡Bah! ¡Ni pensemos en ello! Afortunadamente, tú observas buena conducta, trabajas, ahorras...

TIB. ¿Ahorro?

FRAN. ¡Ahorrarás dinero! (Abrazándole.)

TIB. Sí, poquito á poco... he gastado bastante en muebles.

FRAN. Y por cierto, que luego iré á verlos.

TIB. ¿A qué hora?

FRAN. A las... En cuanto acabes la consulta.

TIB. (Aparte.) ¡Aprovechemos su ternura! (Alto.) Almorzarás conmigo... (Aparte.) ¡A los postres le entero de mi situación!...

FRAN. ¡Almorzaré!

TIB. ¡Gracias! (Aparte.) ¡Encargo alimentos fuer-

tes, los mejores vinos y veremos quién paga el gasto! (Alto.) ¡Adiós! ¡En casa te espero!

FRAN. ¡Adiós, Tiburcio! (Vase Tiburcio. Solo) ¡Buen muchacho! Pero no me decido á mostrarle exagerado cariño. ¡Los mimos son debilidades que pierden á muchos jóvenes! (Entra José con una cafetera ó jarrita de agua caliente.)

JOSÉ ¡El agua caliente, señor!

FRAN. ¡Diga usted á mi hermano que almuerzo en casa de mi hijo!

JOSÉ ¡Está bien! (Entra Francisco en su habitación y tras él José con el agua.)

ESCENA IV

MANUEL, FRANCISCO y luego JOSÉ

MAN. (Saliendo de su cuarto pensativo y andando lentamente.) ¡No he cerrado los ojos en toda la noche, de tanta pesadumbre... Llegamos á la calle de Válgame Dios... y ¡válgame Dios!... Pregunto al portero: «¿El infortunado Simón Nogales?... «me contesta: «Principal, interior...» Como la carta dice piso quinto me asombró el cambio de domicilio... Después de atravesar un patio, no muy aseado... en fin, subimos al piso principal: veo una sola puerta; me acerco; no había campanilla; levanto el picaporte sin hacer ruido, disponiéndome á entrar con la discreción que acompaña siempre á la verdadera caridad, cuando penetra en casa de los desdichados y menesterosos. Empujo la puerta, y ya en la habitación, hallamos á mi antiguo cochero... á Williams... al que mi mujer... ¡No; al que yo quise despedir con frases tan duras!... Estaba Williams á la mesa, en compañía de un jockey, paisano suyo: ambos borrachos perdidos... y con seis botellas en frente, ya vacías... ¡Ni el menor rastro de padre ciego... ó madre paralítica... Confieso que fuí juguete de una farsa... de mal género quizás... pero hay seres que go-

zan sembrando la desconfianza en los ánimos dispuestos al bien... y se ríen de quienes lo practican... ¡Eso pasa los límites de lo justo! ¡Mi hermano Francisco estaba más contento que unas pascuas celebrando el engaño del cochero!... Y el presente caso, ¿qué prueba?... ¡Qué tropecé con un tunante! ¡Algunos pájaros dan picotazos; pero no por eso hemos de abandonarlos á todos!

FRAN. (Entrando y riéndose.) ¡Hola, filántropo!

MAN. ¿Eh?

FRAN. (Riéndose.) ¡En el quinto piso, la madre paralítica!...

MAN. ¡Bueno! ¡Ten la amabilidad de suprimir las bromitas! Perdí la apuesta; pagué la comida y no debes hablar ya del asunto.

FRAN. ¡Comida de príncipes!

MAN. ¡No fué mala! Me parece que ochenta y cinco pesetas cincuenta céntimos (Enseñando la cuenta de la fonda.) dan de sí... Sopa, cuatro pesetas... langostinos, seis...

FRAN. ¿Langostinos?... ¡Yo no comí langostinos!

MAN. ¿No lo recuerdas?... Pues yo tampoco.

FRAN. ¡Ni los pusieron en la mesa! ¡Oh! ¡Así hacen esas fortunas los fondistas!

MAN. ¿Supones que los han incluído á sabiendas? ¡Por Dios, hombre!... ¡Ahora caigo!... Un señor, sentado en otra mesa inmediata á la nuestra, comió langostinos... Sin duda me los cobraron á mí por error... cosa muy natural...

FRAN. ¡Hum! ¡Hum! ¡Quién sabe! Mas, de todos modos, no debiste soltar el dinero antes de revisar la cuenta! (Señalando el azucarero y la botella del aguardiente que están sobre el aparador.) Tampoco apruebo que el azúcar y el aguardiente no estén bajo llave. ¡Ciertas cosas al aire libre, se evaporan!

MAN. ¿También desconfías de José, que lleva catorce ó quince años sirviéndome?

FRAN. ¡Hermano mío, yo soy de aquellas personas á quienes nadie engaña! Voy en busca de mi hijo. Almuerzo con él. (Vase.)

MAN. (Solo.) ¡José, el sirviente modelo... honrado á

carta cabal... y digno de toda confianza!... (Se va aproximando maquinalmente al aparador; coge el azucarero, lo vuelca en la mesa y cuenta los terrones de azúcar.) Cuatro... seis... siete... diez y uno pequeñito... me lo como... así está la cuenta redonda... y no es tan fácil equivocarse. (Se lo come.) ¡Veamos ya el aguardiente! (Toma la botella.) No recelo que José abuse... ¡Deseo confundir á mi hermano!... ¿Cómo señalaré?... ¡Ah, con el pañuelo! (Mide la altura del aguardiente.) ¡Me avergüenza ejecutar esta operación... ¡Llega hasta aquí!... Haré un nudo. (Hace el nudo en el pañuelo y vuelve á dejar en el aparador el azucarero y el aguardiente. Entra Mr. Macón con un par de botas nuevas en la mano.)

ESCENA V

MANUEL, MACÓN, á poco JOSÉ y luego PRUDENCIA

MAN. ¿Otra vez en casa?

MACÓN Vengo á traer estas botas.

MAN. Pronto las acabó...

MACÓN ¿Quién hace esperar á un parroquiano como usted?

MAN. ¡Hable usted bajo! (A José, que entra.) ¿Y la señora?

JOSÉ (Entrando.) Salió hace bastante tiempo á tomar un baño. No tardará en volver.

MACÓN (A Manuel, dándole una bota.) Examine usted el trabajo que, á pesar de la prontitud...

MAN. (Tomando la bota.) ¡Buena, Mr. Macón! ¡Buen trabajo!

MACÓN ¿Y la calidad? ¡De lo mejor que se gasta!

MAN. ¡Muy fuerte parece!

MACÓN ¡Becerro de primera!

MAN. ¡Ya! (Asoma Prudencia, después de hablar dentro, con un par de botas nuevas en la mano.)

PRUD. (Dentro.) ¡José!

JOSÉ (Yendo hacia la puerta.) ¿Quién llama?

PRUD. (En la puerta.) El zapatero del señorito trae estas botas. (José las toma y se dirige, atravesando

la escena, hacia una puerta lateral. (Vase Prudencia.)

MAN. ¡Tenemos concurso de zapateros! (A José.) ¡Hola, son para mi hijo!... ¡A ver, á ver! (Coge las botas que lleva José.) ¡Vaya, muy bonitas, muy bonitas!

MACÓN (Picado.) ¿Y la clase? ¡Repare el señor... son de cordobán!

MAN. ¡Cómo! ¿Mis botas?

MACÓN ¡No, esas! ¡Las de usted, becerro de primera!

MAN. ¡Ah! (Comparando las botas de su hijo con las suyas.) ¡Yo no veo la diferencia entre ambas pieles!

MACÓN (Dándose importancia.) ¡Cuanto más compare usted, menos la notará! ¡La vista se confunde con lo negro! ¡Buenos están los zapateros! ¡Adiós, don Manuel, hasta otro día! (Vase con José.)

MAN. ¡Sí, hasta otro par de botas!

MACÓN No, señor; cuando vuelva será á pagar...

MAN. Mr. Macón... «Obras son amores y no buenas razones.»

ESCENA VI

MANUEL, luego LEONCIO. Avanza MANUEL de frente al público con las botas en ambas manos

MAN. ¡Es indudable que uno de los dos zapateros nos engaña!... ¡Quizás los dos! ¡Cuánto desagradan estas cosas! ¡No por su importancia... que no la tienen; pero molestan! ¡Debo renunciar á creer en los zapateros... hoy que ya dudo de los fondistas! (Deja las botas sobre una silla.) ¡Mi esposa tarda más que de costumbre! (Mirando su reloj.) ¡Sí, señor: hará dos horas que fué á bañarse!... ¡Mucho se detiene!...¡ Otros días vuelve en seguida!... Me parece que vuelve en seguida... pues yo no he reparado el tiempo que suele emplear... ¡Pero, de todas maneras, soy blando con exceso!... Permito á Enriqueta entrar y salir, cuando lo juzga oportuno... sin tener en

cuenta su hermosura, ni la diferencia de edades... Es bastante más joven que yo... ¡Muchísimo más joven... y coqueta!... Supongo que lo será cuando procura vestir elegantemente... ¡Luego lo hace por el deseo de agradar...! y... ¡Ea! ¿Pues no recelo de Enriqueta? ¡Francisco tiene la culpa de que yo piense tonterías!

LEON. (Entrando.) ¡Adiós, papá! ¡Aquí traigo el dinero que me ha dado el Agente! (Saca un paquete de billetes de Banco que entrega á Manuel.) Cincuenta mil setecientas pesetas.

MAN. ¡Bien! (Toma el paquete, lo mira; se lo guarda en el bolsillo interior de la levita ó bata, y después de pensar un momento, se la cierra y abrocha todos los botones. Tomando las botas.) ¿Sabes de qué son estas botas? ¡De cordobán! ¡Tu zapatero y el mío gastan poca conciencia para hacer calzado, y ningún becerro!

LEON. (Con indiferencia.) ¡Hombre!

MAN. ¡Oye mi consejo! ¡Desconfía de los zapateros y de los fondistas, que sin comer langostinos te los ponen en la cuenta, á tres pesetas la ración!

LEON. (Asombrado y sin entender.) Pero, ¿que me estás diciendo?

MAN. ¡Verdades! ¡Eres joven y debes prevenirte para lo futuro! Aún puedes adquirir la costumbre de ser desconfiado... como yo, aunque desgraciadamente acudo tarde á reformar mis sentimientos. Ahora, habla tú. (Da las botas á su hijo, y se sienta cerca de la mesa.)

LEON. (Según deja las botas sobre una silla.) Tengo el proyecto, de que enteré ayer á mamá...

MAN. ¿A mi esposa? (Sacando el reloj.) ¡Cerca de tres horas lleva en la calle!... ¡Es muy raro!

LEON. ¡Ya sabes que amo á Laura!

MAN. ¡Excelente muchacha! ¡Alimenta á todos los pajarillos de su barrio!

LEON. ¡Y ansío casarme con ella!

MAN. Siendo tu gusto, yo...

LEON. Ayer tuve una conversación con su padre, y me dijo muy cariñoso, que esperara.

MAN. ¿Juan te dijo?... ¡Esa boda es imposible!

LEON. ¡Imposible!

MAN. ¡Juan no debe aceptarte por yerno!

LEON. ¿Por qué causa?

MAN. ¡Porque está arruinado... y porque mañana será acreedor mio!... Para él son las pesetas que guardo en este bolsillo.

LEON. ¿Le prestas ese dinero?

MAN. Ayer se lo ofrecí... No desconfío de Juan, que es un buen amigo... hombre pundonoroso; y aun cuando estoy cierto de que tampoco ha pensado lucrarse con tu hacienda, por medio de la boda de Laura... ¡El tío Francisco diría á voz en cuello, que Juan especula con el corazón de su hija.

LEON. (Indignado y asombrado.) ¡Por Dios, papá!

MAN. ¡No soy yo el que habla... quien afirmará todo esto es tu tío!... ¡La muchacha es una perla y, por lo tanto, un cebo magnífico para atrapar maridos!

LEON. Pero, ¿eres tú, mi padre, tan bueno y condescendiente toda la vida, quien?...

MAN. ¡Hijo mío... conozco la humanidad desde anoche!

LEON. ¿Te atreves á juzgar de tal modo á un amigo del alma?

MAN. ¡Repito que no soy yo; sino tu tío Francisco!

LEON. ¡Oirte raciocinar de esta manera, me aflije!

MAN. ¿Y qué quieres, si Francisco opina?...

LEON. Pero tú no has de atribuir sentimientos ruines á una familia, de quien siempre escuché tus alabanzas, enseñándome con ellas á quererla y á respetarla.

MAN. ¡Vuelvo á insistir en que!...

LEON. (Marchándose por la segunda izquierda, entre asombrado y furioso.) ¡Y yo, papá, en que te desconozco!

ESCENA VII

MANUEL; luego JOSÉ

MAN. ¡Sí señor, Leoncio está en lo cierto!... Pero la culpa no es mía... Si los zapateros... los ciegos... los langostinos... ¡Y mi mujer que

no vuelve! (Mirando el reloj.) ¡Tres horas y media de baño! (Poniéndose el sombrero.) ¡Es increible!... ¡Indudablemente ocurre algo excepcional!... ¡Jose!... ¡José!... (Entra José.) ¡Tráeme el sombrero!

JOSÉ ¡Si lo tiene el señor en la cabeza!

MAN. ¡Ya! (Para sí.) ¡Corro al balneario! ¡Sin duda pasa algo grave! (Vase precipitadamente por el foro. Suena hacia la habitación de Enriqueta una campanilla.)

JOSÉ ¿Qué le sucede á mi amo? ¡Ah, la señora llama! (Entra por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

FRANCISCO y TIBURCIO. Vienen ambos alegres y cogidos del brazo

FRAN. ¡Así comprendo un almuerzo!... ¡Has regalado á tu padre con manjares muy de su gusto! ¡Abrázame, hijo mío!

TIB. ¡Con el alma! (Aparte y después de abrazarle.) ¡El champagne se le ha subido á la cabeza!

FRAN. ¡Tú me has convidado á almorzar... pues yo te convido á café!

TIB. ¡Qué generoso eres! (Con ironía.)

FRAN. No te invito á comer porque he almorzado mucho y no tendré apetito en todo el día.

TIB. Tampoco yo.

FRAN. ¡Ah, Tiburcio! ¡Supongo que estarás seguro de mi cariño hacia tí; aun cuando parezca severo algunas veces! No te envío dinero, por tu bien, que si dejara hablar al corazón...

TIB. ¿Me lo enviarías? ¡Deja hablar á tu corazón!

FRAN. ¡Tampoco! Es necesario que aprendas á vivir y á trabajar... á sostener tus obligaciones. Esto, sólo se logra desesperándose, en lucha con la sociedad, ya padeciendo angustias indecibles, ya...

TIB. ¡Ay, papá! ¡Si paso angustias que no son para contadas!

FRAN. (Con tono doctrinal.) Así se forman los hombres que aspiran á distinguirse entre los demás... Pocos llegan al pináculo... cierto... pero si

tú lo consigues; si tú logras ser de los privilegiados... (Abrazándole.) ¡Ah, entonces, cuando alcances un nombre célebre... cuando seas rico... acude á tu padre, que nada te negará!

TIB. (Soltándose de los brazos de su padre. Aparte.) ¡Para ese viaje no necesito á mi padre! (Alto.) ¡Gracias, papá!

FRAN. (Enternecido.) ¡Duda de todo antes que de mi cariño! ¿Para qué aumento yo los telares de mi fábrica? ¿Para quién trabajo yo?

TIB. (Para el obispo.)

FRAN. ¡Para tí! (Abrazándole.) ¡Aprieta!

TIB. (Abrazado.) (¡Está conmovido! ¡Voy á declararle mis apuros!) ¡Papá!

FRAN. (Interrumpiéndole.) Oye... ¿á que obedece el que haya tantas cómodas en tu gabinete?

TIB. ¡Sólo hay tres!

FRAN. ¡Me parece que con una!..

TIB. He sacado de usted instintos comerciales... las ví en cierta almoneda... las vendían juntas, casi de balde; y pensé hacer negocio vendiéndolas separadamente.

FRAN. (Mirándole y sin escucharle.) ¡Es verdad, que su figura es distinguida!... ¡Mi Tiburcio se puede presentar en cualquier sitio! ¡Hace dos años que no te mando nada... voy á obsequiarte!

TIB. (Estupefacto.) ¿Sí?

FRAN. ¡Te regalo mi alfiler de diamantes! (Se lo quita de la corbata.)

TIB. ¡Oh! ¡Qué maravilla artística! (Aparte y despreciativamente.) ¡Está engarzado en plata!

FRAN. (Poniéndolo en la de Tiburcio.) ¡No lo pierdas!... ¡Me costó doce duros... y tiene en mi poder más de treinta años! (Después de prenderlo.) ¡Cuidado, no se desprenda... su pérdida me causaría un disgusto! (De pronto.) ¡Devuelveme el alfiler!

TIB. (Retrocediendo.) ¡Nunca! ¡Un recuerdo tuyo!

FRAN. ¡Pues no hagas contorsiones, que lo vas á perder! (¡No he debido dárselo; es muy joven para tener alhajas!)

TIB. (¡Vamos á mis doce mil pesetas!) ¡Padre!

FRAN. ¡Me duele la cabeza!

TIB. ¡No será nada! ¡Vaporcillos del Champagne!

FRAN. ¡Toma! ¡Y don Indalecio que aguarda en el Suizo para convenir los términos de nuestra proposición á la subasta del ejército! ¡Vamos!

TIB. No apruebo que salgas doliéndote la cabeza.

FRAN. Necesito aire fresco, y el Suizo está un paso de aquí.

TIB. Quisiera oir tu consejo acerca del modo de remediar la apurada situación de mi cliente.

FRAN. ¿De tu cliente?

TIB. Del joven que debe las doce mil pesetas.

FRAN. ¿Hablas de ese pillo? ¡Si yo fuese su padre, le mandaría á Melilla!... Vente al Suizo. (Se va.)

TIB. Te espero aquí.

FRAN. (Desde la puerta.) Pues vuelvo en seguida. ¡Cuidado con el alfiler! Es roca antigua, y me costó doce duros. (Vase.)

ESCENA IX.

TIBURCIO, luego JOSÉ

TIB. (Solo y muy angustiado.) ¡Que no hallo un momento de confesarle mis deudas!... ¡Tengo una sed!... ¡Con tanto vino en el cuerpo!... (Va al aparador, echa agua en un vaso, azúcar y aguardiente.) Haré un refresco. (Desliendo el azúcar.) ¿Cómo salir del paso? (Se bebe parte del refresco.) ¡Ah, sí!... ¡Es una barbaridad, pero á grandes males, grandes barbaridades! Nada; escribo al usurero diciéndole que me denuncie en la Delegación de Vigilancia como estafador para que me prendan delante de mi padre; éste se enternece, se apiada de su hijo, y paga. (Llamando.) ¡José!

JOSÉ (Entrando.) ¿Llama el señorito?

TIB. Dame papel y pluma.

JOSÉ (Abriendo un cajón del aparador.) Aquí guarda la señorita los avíos de poner la cuenta.

TIB. (Reflexionando.) ¡Si mi tío Manuel, que es tan generoso!... Oye, ¿y mi tío?

JOSÉ (Sacando recado de escribir, que coloca sobre la mesa.) No está en casa. (Vase.)

TIB. (Escribiendo, y después de escribir algunos renglones.) .....«Es el único modo de que usted cobre. Aguardo en el portal, y al presentarse mi padre, amenaza usted con entregarme á los agentes de la autoridad si no le pago. Espero que tenga en cuenta el servicio que le presto para darme una comisión cuando embolse las doce mil del pico.» (Concluyendo de beberse el refresco.) El usurero estará en el café Inglés, según costumbre. (Disponiéndose á salir.) ¿Y si mi padre consiente que me encierren en *el Abanico?*... No lo creo... Pero bueno será proveerse de fondos; siempre conviene tener dinero, hasta en la cárcel. (Sacando el dinero del bolsillo.) Aquí hay... ¡una peseta! (Llevando la mano al alfiler.) Mas aquí habrá treinta lo menos... ¡Empeñaré el alfiler! La peseta se la doy al mozo de cuerda que lleve este papelito... y antes de entregarme á la justicia ordinaria, vuelvo en busca de mi tío Manuel á ver si le saco un puñado de duros. (Vase quitándose el alfiler.) Es muy feo, pero el diamante brilla. ¡Andando á la casa de empeños!

ESCENA X

ENRIQUETA, luego MANUEL

ENR. (Entra y busca encima de la mesa y sobre otros muebles.) ¡No está! Lo dejaría en el baño. Mandaré á la muchacha...

MAN. (Entrando por el foro trémulo y pálido; trae el abanico en la mano.) ¡Ah! ¡Por fin te encuentro!

ENR. (Reparando en su marido.) ¡Dios mío! ¿Qué te pasa?

MAN. ¡Vengo del balneario, donde me han dicho que salió usted hace mucho rato!

ENR. (Asombrada.) Han dicho la verdad.

MAN. ¿Y qué hizo usted después de bañarse?

ENR. Volver...

MAN. ¡Volver las espaldas á su hogar!
ENR. ¿Qué? ¡Volver á casa!
MAN. ¿A esta?
ENR. ¡Naturalmente!
MAN. ¡Pues no te he visto!
ENR. ¡Claro! ¿Cómo habías de verme, si ni entraste en mi habitación, ni yo he salido de ella hasta ahora? Mientras dejaba secarse el cabello, estuve repasando la ropa.
MAN. ¡Conozco el sistema!
ENR. ¿El sistema?
MAN. ¡Sí, señora! ¡Aquí tiene usted su cómplice... un testigo que la denuncia!
ENR. ¡No comprendo! (Toma el abanico.)
MAN. ¡Pues yo, sí! ¡Aunque tarde, me explico las frecuentes salidas... y los baños de tres horas!
ENR. Manuel, ¿estás malo? ¿Qué tienes?
MAN. ¡Tengo sospechas!... ¡Seguridades de que la distrae un galanteo!
ENR. ¡Te has vuelto loco!
MAN. ¿No es usted joven aun... y bonita? Luego debe ser aficionada á que la requiebren.
ENR. ¡No!
MAN. Todas las mujeres lo son, y no juzgo á la mía exceptuada de la regla general. ¿Va usted á negarme que en los ocho años de nuestro matrimonio nadie la ha requerido de amores? ¡Imposible!
ENR. Pues lo niego.
MAN. ¡Júralo!
ENR. (Indecisa y algo turbada.) ¡Pero, Manuel!
MAN. (Asombrado.) ¿Titubeas? Eso equivale á una confesión. ¡Vengan sus cartas!... ¡Sus cartas!
ENR. ¿Sus cartas? Nunca me ha escrito.
MAN. ¿Luego existe alguno que pudiera habértelas escrito?
ENR. (Aparte.) ¡He sido imprudente!
MAN. ¿Quién es el caballero? (Con energía.)
ENR. ¡Si no vale la pena!
MAN. ¡Quiero saber su nombre!
ENR. ¿Te empeñas en saberlo?
MAN. ¡Me empeño!
ENR. Pues te lo diré. ¡Tu sobrino Tiburcio!

ESCENA XI

DICHOS y TIBURCIO

MAN. ¿Tiburcio?

TIB. (Entrando por el foro muy sonriente y cariñoso.) Aquí estoy yo.

ENR. ¡Ah! (Vase precipitadamente á su cuarto.)

MAN. (Aparte.) ¡Mi sobrino!

TIB. ¡Adiós, tío de mi alma! (Aparte.) Este siempre se encuentra bien dispuesto para favorecerme. (Alto.) ¡Tío de mi alma! Deseo hablarte. (Con misterio.)

MAN. (Conteniéndose.) ¡Y yo á tí!

TIB. Habla primero. Eres mayor en edad, dignidad, saber y gobierno.

MAN. (Con mucha dulzura aparente.) ¿Conque cortejas á tu tía?

TIB. (Trastornado.) ¡Eh! ¿Quién dice?...

MAN. ¡La misma interesada!

TIB. ¡Oh! (No hay modo de negarlo.)

MAN. (En tono de consejo.) ¡Desdichado! ¿Qué concepto tienes de la familia? ¿Es posible que ideas tan perversas quepan en cerebro humano?

TIB. (Muy contrito y empezando á compungirse.) ¡Cupieron en éste, tío! ¡Soy un monstruo!... ¡Como venía diariamente á veros!... Enriqueta es joven y guapa... casada con un viejo...

MAN. ¿Eh? ¡Grosero!

TIB. ¡Perdón, tío! ¡Ella nunca me escuchó!

MAN. Eso creo. Mas si te hubiese escuchado, tampoco lo confesarías. ¡Dame tu palabra de honor!

TIB. (Compungido y con solemnidad cómica.) ¡Te la doy!

MAN. ¡Gracias! (Esto no prueba nada.)

TIB. ¡Un día... aquel que te pedí las cien pesetas, me dió en la escalera un bofetón sobre cada carrillo!...

MAN. (Contento.) Entonces serían dos bofetones. ¡Lo celebro! ¡Muy bien empleados estuvieron! (¿Me engañará?) (Después de reflexionar.) Pero,

¿qué digiste á Enriqueta para que tomase resolución tan contundente en una escalera?

TIB. ¡Bah! Casi nada.

MAN. Confiésalo.

TIB. Una broma; no más que una broma. (Con frenesí.) ¡Pero al punto reconocí la falta cometida; más aún, el crimen; y yo propio, arrepentido, me desprecié!

MAN. ¡Perfectamente! ¡No retrocedas! ¡Sigue despreciándote! Los remordimientos purifican las almas.

TIB. (Aparte.) Amaina la tempestad. (Alto.) ¡Desde entonces, con el fin de apartarme del error, y para alejar pasión tan inicua, me lancé en brazos del mayor desorden!

MAN. (Animándole.) ¡Bien!

TIB. ¡Me entregué á la disipación!

MAN. ¡Muy bien hecho!

TIB. ¡Hoy amò á otra mujer!

MAN. ¡Así me gusta! ¡Sigue amándola! El amor purifica las almas.

TIB. (Enternecido.) ¡Es una pobre muchacha... una hija del pueblo!...

MAN. ¿Qué más da? ¡Amala, sobrino!

TIB. ¡La adoro! ¡Las circunstancias me obligan á sostenerla con el fruto de mi trabajo, con mis desvelos, con el sudor de mi frente!

MAN. (Ya enternecido y cogiéndole de las manos.) ¡Vengan esas manos, valeroso joven!

TIB. (Como antes.) ¡Es una costurera que no tiene labor, cuyo padre está ciego!...

MAN. (Sin soltarle y desconfiado.) ¡Ah!

TIB. Y cuya madre...

MAN. (Siguiendo la idea.) Está paralítica.

TIB. ¡De ambas manos!

MAN. ¡Sí; tenéis tres niños mamando que piden pan!

TIB. Aun no, señor. Pero... ¡tío, los sacrificios que diariamente hago; las cien pesetas que debí á tu magnánimo corazón!...

MAN. (Recordando.) Es verdad que te dí cien pesetas en varias ocasiones.

TIB. Tu generosidad no tiene límites, y á ella acudo otra vez.

MAN. (Mirando á su alrededor.) ¡Chist! (Le suelta las manos, y Tiburcio muestra su alegría.) ¿Acudes á mi generosidad? (Confidencialmente.) ¡Sobrino, conozco el sistema! Tu amante tío, Manuel.

TIB. (Asombrado.) ¡El estribillo de mi padre! ¿Me niegas auxilio?

MAN. ¡Rotundamente!

TIB. ¡Oh! ¡Tú no eres mi tío! El contacto con mi papá te ha vuelto insensible. ¡Adiós!

MAN. ¿A dónde vas?

TIB. ¡A la puerta de la calle! (Con tono trágico.) ¡Luego... quién sabe dónde me llevarán! (Vase.)

ESCENA XII

MANUEL y ENRIQUETA

MAN. ¡Si no habla del padre ciego y de la madre paralítica, me enternece y se va con las pesetas! Afortunadamente estoy en guardia. (Llamando.) ¡Enriqueta!

ENR. (Entrando.) ¿Se marchó tu sobrino?

MAN. (Tratando de sonsacarla.) ¡Pero no sin contarme lo que le diste en la escalera!

ENR. ¿En la escalera?

MAN. (Aparte.) ¡Ahora sabré la verdad! (Alto.) ¡Asegura que le demostraste tu afecto!...

ENR. ¡Oh! ¡Cuánta infamia!... ¿Los bofetones son caricias para tu sobrino?

MAN. (Contento.) ¡Son bofetones! ¡Me confesó lo cierto!

ENR. ¿Entonces?...

MAN. ¡Quería escucharlo nuevamente... y de tu boca! (Después de reflexionar.) ¿Pero qué diablos te dijo Tiburcio para que tú le administrases el par de bofetones?

ENR. Me.. ¡No pretendas averiguarlo... fué una tontería... y debe bastarte saber que tu esposa, ni gusta de requiebros, ni deja de respetarte y quererte!

MAN. ¡Gracias, Enriqueta!... ¡No insisto en cono-

cer esa... tontería de mi sobrino... y ya me la contarás en otra ocasión!...

ENR. Sí... eso es... más adelante. (Va hacia el aparador y arregla lo que dejara Tiburcio fuera de su sitio y vase á su cuarto.)

MAN. (Muy preocupado y aparte.) ¡Me deja con la curiosidad!... ¿Pero qué le diría Tiburcio?

ESCENA XIII

MANUEL y FRANCISCO

FRAN. (Entrando exasperado.) ¡Tunante! ¡Pillo! ¡Gandul!

MAN. ¿Quién?

FRAN. ¡Tiburcio, al cual se han llevado á la prevención en mis barbas!

MAN. ¡Hombre! ¿Y le abandonas? ¿Qué ha hecho?

FRAN. ¡Contraer deudas por escrituras, donde firma como mayor de edad!

MAN. ¡Oh! ¿Y debe mucho?

FRAN. ¡Más de 12.000 pesetas!

MAN. Añadidas á la *cuenta Tiburcio,* aumentará el *Debe.* ¡Ya te cuesta tu hijo, tanto como á mí Leoncio!

FRAN. ¡Me cuesta! ¡Eso sería bueno, si yo pensase pagar las trampas! ¡Que vaya á presidio por toda su vida!

MAN. Lo que has de hacer es sacarle inmediatamente de la prevención.

FRAN. ¡No; iré para extrangular al muy sinvergüenza!

MAN. ¡Pobre muchacho! ¡Ea, cálmate!

FRAN. (Disponiéndose á salir.) ¡Ya verás lo calmado que vuelvo después de romperle el bautismo!

MAN. ¡Aguarda! (Le detiene.) ¡No vayas á la prevención!... Pensemos en algún amigo que tenga casa abierta y se halle en condiciones de conseguir la libertad provisional del chico... ¡Anda, hombre... se trata de tu hijo!

FRAN. (Como si accediese á la fuerza.) Pues... don Indalecio Cotón, mi socio en la contrata... regenta un almacén de paños...

MAN. ¡Muy bien!... En vez de ir á su casa tan acalorado como estás, y para que vayas tranquilizándote, escríbele...

FRAN. ¡Le escribiré! ¡Pero antes que me traigan algo de beber... estoy sofocadísimo!...

MAN. ¡Al momento!... Yo mismo. (Yendo hacia el aparador.) ¡Diablo de chicos!... (Reparando en el azucarero profiere descompuesto.) ¡Oh!

FRAN. ¿Qué te pasa? (Estará escribiendo sobre la mesa.)

MAN. (Trae el azucarero á la mesa, lo vuelca y cuenta los terrones.) ¡Siete terrones; y había diez!

FRAN. (Volviéndose.) ¿Qué demonios dices?

MAN. (Reparando en la botella del aguardiente.) ¡También ha bajado el aguardiente!... (Trae la botella á la mesa midiendo con el pañuelo.) ¡Se bebieron el nudo!

FRAN. (Comprendiendo.) ¡Ah, vamos! ¡José te roba!

MAN. ¿Habré contado mal? Dos, cuatro, cinco, siete... ¡Ah, José, José!... ¡Pero si nunca se le escatimó nada!...

FRAN. ¡Razón de más para que te corresponda de ese modo! ¡Abre los ojos, majadero! ¡Escarmienta en cabeza ajena! ¿No ves el pago que da mi hijo al tierno cariño de un padre como yo? ¡El mundo se compone de tunantes!... ¡Los fondistas, los cocheros, los criados, los hijos, los langostinos!... ¡Aprende, papanatas!

MAN. (Muy apenado.) ¡Francisco, estás en lo firme! ¡Hoy veo claro; muy claro! ¡Conozco al mundo desde anoche! ¡Sí; pero ayer era más dichoso! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho de don Manuel; puerta al foro por la cual se descubre la antesala: otra puerta á cada lado de la escena.—Mesa de escritorio: un velador en el centro de la escena: estantes y muebles adecuados y modestos.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ, enseguida ENRIQUETA, luego PRUDENCIA.—En cuanto se ha levantado el telón, entra José por el foro, trayendo una romana ó una balanza.—Enseguida sale Enriqueta por un lado

ENR. ¿A qué trae usted eso?

JOSÉ ¡No lo sé! ¡El señor me encargó que lo comprara! (Lo coloca sobre la mesa.)

PRUD. (Entrando por el lado contrario de donde salió Enriqueta.) ¡Señora! El amo dice que le dé usted todas las cuentas del año pasado.

ENR. (Aparte.) ¡Nueva extravagancia de mi esposo! Por la mañana muy temprano me pidió las cuentas del año corriente y el cuaderno de la plaza. (Alto.) ¿Qué hace ahora el señor?

PRUD. Hojea un cuaderno... ¡Y qué serio está!

ENR. (Aparte.) ¡Ha perdido el juicio!

ESCENA II

DICHOS y MANUEL

MAN. (Entrando por la izquierda, con una agenda de la plaza bajo el brazo.—Llamando.) ¡José!

JOSÉ ¡Señor!... Ya traje el peso. (Señalando á la mesa.)

MAN. ¡Ah! ¡Muy bien! (Examinándolo.) ¿Lo han contrastado?

JOSÉ El tendero dice que sí.

MAN. ¡Vaya una razón! ¡El tendero puede mentir, con tal de vender! (A José.) Toma, y en cuanto venga la cocinera de la compra, la pesas.

JOSÉ (Asombrado.) ¡He de pesar aquí á la cocinera!

MAN. ¡No, la compra, hombre!... Pero mejor será... En cuanto llegue avísame que yo la pesaré.

JOSÉ ¡Bueno, señor! (Vase con Prudencia, llevando el peso y diciendo bajo á esta.) ¡El amo se ha trastornado de la cabeza! (Salen.)

ESCENA III

ENRIQUETA, MANUEL, luego JOSÉ, después PRUDENCIA y más tarde LEONCIO

ENR. ¿Por qué causa te muestras receloso y desconfiado?

MAN. ¡Porque la vida es una senda escabrosísima, en donde hasta hoy anduve á tientas, y para evitar los tropezones, me pongo antiparras!

ENR. (Riéndose.) Conseguirás hacerte infeliz, dando en ser cocinero. ¡Ciertas pequeñeces de las casas, no valen el trabajo de extremar la vigilancia!

MAN. He resuelto seguir una conducta; y la seguiré sin hacerme desgraciado, como supones... ¡De este modo pienso vivir satisfecho... y ya empiezo á estarlo!... ¡Experimento sumo placer analizando todas las debilidades y miserias del prójimo... en el cual estudio los animales dañinos!

ENR. ¿Así tratas á cuantos te aman y reciben con los brazos abiertos?

MAN. ¡También la araña dispone su tela, para cazar á los pobres insectos que mueren enredados en las mallas traidoras.

ENR. ¡Qué comparación!

MAN. ¡Exactísima! ¡Oh! Ansío con toda mi alma que llegue cualquiera á pedirme un favor para...

ENR. ¡Para complacerle!

MAN. ¡Para tener el regocijo de negárselo!

ENR. ¿Cómo?

MAN. ¡Ah! Comprendo la dicha, el inmenso gozo que produce contrariar á un semejante... perjudicarle, hacerle sufrir la pena negra.

ENR. (Riéndose.) ¡Eso es una ferocidad salvaje!

MAN. ¡Te engañas! ¡Es lo usual entre gentes civilizadas!... Toma tu libro de cuentas. (Se lo entrega.) ¡Ahí verás que mi sombrerero es un... caco!

ENR. (Colocando el libro sobre la mesa.) ¡Pero Manuel!

MAN. Abrelo y encontrarás la prueba... ¡Ha cobrado cuatro sombreros este año... y sólo trajo dos!... ¡Que esto haga un padre de familia!

ENR. (Riéndose.) Trajo dos para tí, y otros dos para Leoncio.

MAN. ¿De seguro?

ENR. ¡Sí, hombre!

MAN. (Avergonzado.) ¡Entonces... me retracto. (¡Ahora no tuve motivo; pero ya me lo dará el año que viene!)

PRUD. (Entrando.) Señora... ¿la llave de la despensa?

MAN. (Sacándola de un bolsillo.) ¡Toma, y tráela en seguida!

JOSÉ (Entrando.) Señora, no encuentro las llaves del aparador, y tengo que sacar los postres.

MAN. (Después de registrarse los bolsillos.) ¡Las llaves! ¡En cuanto concluyas, me las devuelves!... ¡Dí al señorito que venga! (Vanse José y Prudencia.)

ENR. (Con asombro cómico.) ¿Guardas todas las llaves de la casa?

MAN. Si los azucareros y las botellas hablaran, te dirían... «¡En ninguna parte están mejor las llaves que en el bolsillo del amo!» ¡Es un axioma!

LEON. (Entrando.) ¿Me llamas?

MAN. Sí. Necesito que aclares algunas partidas del libro de gastos. (Tomando el libro.) Tu madre dice aquí: «Mayo 16, á Leoncio 100 pesetas.» ¿Para qué fueron?

LEON. ¡Cualquiera recuerda después de tantos meses!...

MAN. ¡Bueno: no esfuerces la imaginación! (Abriendo el libro.) ¡El 9 de Junio, á Leoncio, 150 pesetas!.. ¡Son muchas pesetas!

LEON. (Asombrado.) ¡Papá!

MAN. ¡No desconfío de tí; pero quisiera conocer el empleo que das al dinero!... ¡Desde ahora te asigno cien pesetas mensuales!

ENR. (Desaprobando.) ¡Oh!

MAN. (Con precipitación.) ¡Si no te bastan me pides más!...

LEON. ¡Tendré suficiente! (Con amabilidad.)

JOSÉ (Entrando.) ¡Señor, la cocinera ha venido!...

MAN. ¡No madruga mucho! ¡Voy! (Frotándose las manos.) ¡Ya caiste en mis manos! (Vase seguido de José.)

ESCENA IV

LEONCIO, ENRIQUETA, luego FRANCISCO y TIBURCIO

LEON. ¿Qué significa todo esto?

ENR. ¡Lo ignoro; mas temo que tu padre haya perdido la razón! (Aparecen por el foro Francisco y Tiburcio.)

FRAN. ¡Pasa truhán y baja los ojos!.. (Avanzando.) ¡Os presento á un caballero que sale de la prevención!

TIB. (Mirándole.) ¡Papá!

FRAN. (Colérico. ¡Baja los ojos!

TIB. (Aparte.) ¡Le obedezco! (Sonriente y volviendo á mostrarse anonadado.) ¡Ha prometido pagar mis trampas!

FRAN. (A Enriqueta.) ¡Figurate que el muy pillo!...

ENR. ¡Perdona, tengo que hacer. (Vase.)

FRAN. (Furioso.) ¡Ya no estamos en la calle... donde se formarían corrillos que pudieran interrumpir nuestro coloquio... (Dirigiéndose á Tiburcio amenazador.) y necesito hablarte como mereces!

LEON. (Interponiéndose.) ¡Tío!

FRAN. (Ordenando.) ¡Déjanos solos! (Leoncio, obedeciendo á su pesar, se dispone á salir y Tiburcio le retiene suplicante.)

T ¡Primo, no te vayas!

FRAN. (Con mayor acritud que antes.) ¡Vete! (Vase Leoncio, aunque permaneciendo en la antesala para acudir, caso necesario, en socorro de Tiburcio.)

ESCENA V

DICHOS y LEONCIO en la antesala

FRAN. ¡Acércate, hijo desnaturalizado, bohemio, tunante! ¿Con que tienes crédito en la plaza? ¿Encuentras imbéciles que aceptan tu firma?

TIB. ¡Papá!

FRAN. ¡El usurero estará satisfecho del negocio!

TIB. ¡No tanto como parece!... ¡Verás... yo... necesité dos mil pesetas y!...

FRAN. ¿Para qué?

TIB. ¡Para comer!

FRAN. ¡Para comer! (Sentándose cerca de la mesa.) ¡Habla: luego te juzgaré!

TIB. Para lograr las dos mil pesetas me dirigieron á un mueblista de viejo...

FRAN. ¡Sería un prendero!

TIB. Sí, un prendero que se brindó á darme la cantidad sin interés.

FRAN. (Asombrado, favorablemente.) ¡Ah! ¡Sigue!

TIB. Unicamente impuso por condición que le comprara tres cómodas... que le estorbaban en el almacen... y tú has visto en mi casa.

FRAN. ¡A esto nada opongo... es una manera lícita de comerciar!...

TIB. Incluimos las cómodas y firmé la escritura por cuatro mil pesetas.

FRAN. Dijiste antes dos mil!

TIB. Justo, eso me dió; pero, ¿y el precio de las cómodas?

FRAN. ¡Son muy caras!

TIB. No sostengo lo contrario, mas como no me hacían falta, quiso sin duda hacerme pagar el capricho de poseerlas.

FRAN. ¡Continúa!

TIB. ¡Llegó el vencimiento y no pagué!

FRAN. (Furioso.) ¿Por qué no pagaste?

TIB. ¡Porque no tenía dinero!

FRAN. ¡Habérmelo pedido!

TIB. ¡Lo hice, papá! Te escribía y me contestabas: «Conozco el sistema... tu amante padre, Francisco.»

FRAN. (Medio confuso.) ¡Adelante!

TIB. Para saldar cuentas con el ebanista acudí á cierto amigo suyo, coleccionador de telas antiguas y pañuelos de Manila, quien me entregó al punto las cuatro mil pesetas, ¡también sin interés!

FRAN. (Asustado.) ¡Ay, Dios mío!...

TIB. Sólo tuvo la exigencia de que yo aceptase un pañuelo de la India, y firmé nueva escritura, de doce mil pesetas.

FRAN. ¡Ocho mil pesetas un pañuelo!

TIB. ¡Los había más baratos; pero el mío es notabilísimo!

FRAN. Resérvalo y el día que te cases puedes regalárselo á tu novia.

TIB. ¡Bien pensado! (Sacando una papeleta de empeño.) ¡Aquí está!

FRAN. (Tomando el papel.) ¿Cómo? ¡Una papeleta de empeño! (Avanzando amenazador hacia Tiburcio.) ¡Infame! ¡A qué punto has llegado!

TIB. (Resueltamente.) ¡He llegado á él siempre que me acosaba el hambre!

FRAN. ¿A tí? ¿Y las lecciones?

TIB. ¡No tengo ninguna!

FRAN. ¿Luego me engañabas? Entonces, ¿de qué has vivido durante dos años?

TIB. (Muy triste.) ¡Qué sé yo!... ¡Mas te juro que me acostaba muchas noches... sin comer... con un trago de agua del botijo por todo alimento!

FRAN. ¡Oh! ¡Cuánta desdicha! (Aparte y conmovido.) ¡Pobre Tiburcio! ¡Sin otra comida que agua del botijo! ¡Y yo siempre comiendo opíparamente! (Examinándole.) ¡Parece más delgado! (Alto.) ¡Tiburcio!

TIB. ¡Papá!

FRAN. (Abriendo los brazos.) ¡Ven! (Lloroso.)

TIB. (Lanzándose en ellos.) ¡Ah!

LEON. (Entrando.) ¡Gracias á Dios!

FRAN. (Llorando.) ¡Hiciste mal no escribiéndome la situación de Tiburcio!

LEON. ¡Yo!

FRAN. ¿Dónde servirán más pronto tres ó cuatro beefteacks, seis chuletas y valdepeñas añejo?

LEON. ¡En casa! ¡Que José se lo diga á la cocinera... pasad al comedor!

FRAN (Compungido.) ¡No lo pido para mí... no tengo hambre!

TIB. (Idem.) ¡Ni yo tampoco!

FRAN. ¡Así será; pero deseo que te alimentes! ¡Debes reponer á toda costa las fuerzas perdidas!

TIB. ¡Probaré á tomar algun bocado!...

FRAN. (Dándole el brazo.) ¡Sostente aquí! (Palpándole los brazos y el pecho.) ¡Te has desmejorado mucho... mucho! (Le mira, le besa y después le vuelve á coger del brazo.) ¡Anda! (Vanse los dos por la izquierda.) Hasta que te comas un kilo de vaca no dejo que te levantes de la mesa.

ESCENA VI

LEONCIO y MANUEL

LEON. (Riéndose.) ¡Antes le mataba de hambre y ahora lo va á matar de indigestión!

MAN. (Saliendo por el foro, frotándose las manos.) ¡He pesado la carne: faltan siete gramos, y trae dos huesos enormes! Dice que la culpa es del carnicero... ¡Qué conciencia tan ancha! (Viendo á su hijo.) ¡Hola! ¿Andas preocupado por lo que antes te dije?

LEON. No: recordaba con pena lo que ayer manifestaste acerca de don Juan.

MAN. ¿Sí, eh?

LEON. Como vendrá hoy, dentro de poco, á recoger las cincuenta mil pesetas...

MAN. (Sorprendido.) ¡Es verdad! Ya ni pensaba en ello!

LEON. (Asombrado.) ¿No?

MAN. No.

LEON. Se trata de un amigo entrañable, á quien conoces desde niño, y creo que tu corazón recordará sin esfuerzo la palabra empeñada.

MAN. ¡Mi corazón! ¡A mi edad no hay que confiar mucho en ese órgano!

LEON. Pues yo confío en él y en tí. (Cariñoso, estrechándole las manos.) Hasta luego, papá. (Vase.)

ESCENA VII

MANUEL, luego JOSÉ

MAN. (Solo.) ¡Es un niño!... Anduve equivocado en fomentar sus románticas aficiones. (Abre un cajón de la mesa, saca el fajo de billetes de banco, y después de contemplarlo.) ¡Cincuenta mil pesetas en billetes! ¡Hombre, todos nuevecitos! (Contándolos.) Uno, dos, tres... Esto de prestar billetes nuevos para que los devuelvan viejos, arrugados ó rotos... Cuatro, cinco... Si los devuelven... Seis, siete, ocho... Juan no me los devolverá nunca; está arruinado... Nueve, diez... El barco se fué á pique, seguramente... ¿Cuántos iban? Tendré que empezar otra vez. Uno, dos, tres... ¡Uf, qué calor!... Entregar de golpe y porrazo el paquete... Cuatro, cinco, seis... Y luego, que puede muy bien ser un cuento. ¿Quién me dice á mí que el tal barco existe? Juan; pero yo no lo he visto. Si esta cantidad le sacase de apuros, pase... Ocho... Mas apenas le bastará al pago de acreedores... Nueve... Que, en último resultado, se reirán de él... Diez... Y de mí... Once... (Como iluminado por una idea.) ¡Ah! ¿Consulto con mi hermano?... ¿Para qué? Después de mirarlo bien, ¿tengo obligación de conservar la fortuna de ese caballero disminuyendo la mía? ¡Oh! ¡Soy padre, y no debo comprometer la herencia de mi hijo! ¡Claro que no! (Guarda precipitadamente los billetes en el cajón.) ¡Sería una simpleza! (Tomando pluma y papel.) Escribiré á Juan. ¡Es muy natural que yo defienda mi dinero! (

cribiendo.) «Querido Juan: una catástrofe imprevista me coloca en tal situación, que no puedo darte las cincuenta mil pesetas ofrecidas. No tienes idea del profundo dolor que esto causa á tu entrañable y fraternal amigo.» Así dicen siempre los que niegan algo. (Toca el timbre.)

JOSÉ (Entrando.) ¿Llama el señor?

MAN. Lleva esta carta á casa de don Juan; pero al momento.

JOSÉ ¿Aguardo respuesta?

MAN. No, no aguardes nada.

JOSÉ Está bien. Voy á coger el sombrero. (Vase por el foro izquierda.)

MAN. (Solo.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué mal he procedido! ¡Es una crueldad! ¡Una villanía! Dice bien Leoncio; tratándose de Juan... (Llamando.) ¡José! (Arrepintiéndose.) No; bien hecho está lo hecho. (Con cierta pena.) ¡Me convierto en piedra berroqueña! (Resuelto.) ¡Bah! ¡Seré un insensible marmolillo como otros muchos hombres! (Se ve á José atravesar por la antesala, con el sombrero en la mano, al punto que del lado opuesto aparece Juan.)

ESCENA VIII

MANUEL, JUAN, luego JOSÉ. Hablan José y Juan en la antesala

JUAN (Casi en la puerta.) ¿Una carta? Venga. (Juan se la da.)

MAN. (Volviéndose.) ¡Juan!

JUAN (Entrando, y desde el último término, con la carta en la mano y muy contento.) ¡Ay, Manuel! ¡Ay, amigo mío! ¡Soy dichoso!

MAN. ¿Cómo?

JUAN *La Hermosa Mariquita*, el barco, llegó al amanecer á Londres, según telegrama que he recibido hace media hora.

MAN. ¡Ah!

JUAN ¿No te alegras ni me abrazas?

MAN. (Abrazándole.) ¡Con toda el alma! (¡Diantre, la carta!)

JUAN Venía á decirte que ya no necesito las cincuenta mil pesetas.

MAN. (¡Cáspita, si yo lo hubiese sabido!)

JUAN ¡Soy feliz, Manuel... no, Manolo! (Abrazándole.) ¡Manolo! ¡Amigo de mi corazón!

MAN. (Contrariado.) ¡Juanillo!

JUAN Los azares de la suerte, cuando son desgraciados, tienen una compensación: proporcionan el gusto de conocer á nuestros verdaderos amigos. (Tiene la carta en la mano derecha, que coloca sobre un hombro de Manuel.)

MAN. (Extendiendo la mano para cogerla.) ¡Ya! (¡Mi carta!)

JUAN (Cambiando la carta de mano sin darse cuenta de ello.) Por lo tanto, jamás olvidaré tus generosos y desinteresados ofrecimientos.

MAN. (Repitiendo el juego anterior.) ¡Bah! No hables de eso.

JUAN La felicidad de nuestros hijos puede realizarse. Leoncio me pidió ayer la mano de Laura.

MAN. Lo sé, lo sé.

JUAN Pero al considerar que el estado de mis negocios pudiera acarrearme la ruina inmediata, contesté á Leoncio: «Espera.»

MAN. ¿No accediste desde luego?

JUAN La delicadeza me lo impedía. No quise entregar á tu hijo una esposa sin dote.

MAN. (Estrechándole una mano.) ¡Juan! ¡Juan!

JUAN Variaron las circunstancias, soy rico... ¡quizá más rico que tú!... y también deben variar las fórmulas sociales. (Con énfasis cómico.) ¡Tengo el honor, señor don Manuel, de pedirte la mano de Leoncio para mi hija!

MAN. (Tratando de imitarle.) ¡Me honro sobremanera! (Alto y sin darse cuenta.) ¡La carta... necesito esa carta! (Procura tomarla.)

JUAN ¿Qué te sucede? ¡Ah, tu carta!

MAN. (Esforzándose por manifestar indiferencia.) ¡Ya no hace falta!... ¡Devuélvemela!

JUAN ¡No, señor! ¡Deseo gozar leyendo tus cariñosas palabras! ¡Me animas á que no tarde en venir!...

MAN. ¡No... no la leas! (Quiere impedirlo.)

JUAN ¡Tanto te empeñas que... (La abre.) la leeré!

MAN. (Aparte y anonadado.) ¡Dios mío, cómo disculparme! (José entra precipitadamente, pero se detiene y escucha.)

JUAN (Leyendo.) «... Una catástrofe imprevista, me coloca en tal situación, que no puedo darte las 50.000 pesetas.» ¡Cuando dije, que quizás fuese yo hoy más rico que tú, no me atreví á continuar temiendo ser imprudente!...

MAN. ¿Eh? ¿De qué hablas?

JUAN De tu banquero Gutiérrez...

MAN. ¿Sí? (Con relativa naturalidad.)

JUAN ¡Anoche desapareció de Madrid, alzándose con los fondos!

MAN. ¡Ah, qué dices! (Consternado.)

JUAN (Asombrado.) ¿Pero no lo sabías?

MAN. ¡No!

JUAN (Con mayor asombro.) ¿Entónces á qué otra catástrofe te refieres aquí? (Por la carta.)

MAN. (Con precipitación.) ¡A esa, á esa! ¿Se sabe hacia dónde huyó Gutiérrez?

JUAN ¡Aun no!

MAN. ¡Se lleva toda mi fortuna en dinero y papel!

JUAN ¿No te queda más que la casa?

MAN. ¡La casa solamente!

JUAN ¡Pobre amigo mío! ¡Tú tan bueno y tan generoso! ¡Procura tranquilizarte!... ¡Ten valor!... ¡Ya nos veremos! (Vase precipitadamente.)

ESCENA IX

MANUEL y JOSÉ

MAN. (Sentándose cerca de la mesa.) ¡Oh, Juan me abandona! ¡Después del servicio que estuve á punto de prestarle! ¡Vivir para ver!

JOSÉ (Apareciendo entristecido y hablando con cierto reparo.) Dice don Juan, que su banquero de usted... ¡Llevarse el dinero ajeno, es una infamia! Yo, bien quisiera servir á usted en la presente ocasión... pero soy un pobre... Vengo á decirle...

MAN. (Interrumpiéndole.) Sí: ya comprendo; vienes á que te ajuste la cuenta...

JOSÉ (Queriendo protestar, pero don Manuel no le deja.) ¡Señor, yo!...

MAN. ¡Conozco el sistema! Aun puedo pagarte esta mensualidad y hasta daré buenos informes de tí, para que encuentres colocación en otra casa.

JOSÉ (Con sollozos entrecortados.) ¡El señor no quiere conservarme sin salario... solo por la comida... aun cuando sea escasa!

MAN. (Estupefacto.) ¿Pretendes continuar á mi lado sin interés alguno?

JOSÉ (Llorando.) ¡Ah, sí, señor! ¡Lo deseo! Tengo ganas de mostrar mi cariño y mi agradecimiento, á un amo, de quien tantas mercedes he recibido. ¡No acertaría á servir á otro!

MAN. (Empezando á enternecerse.) ¿Sientes de veras lo que dices?

JOSÉ (Llorando como antes.) ¡Por usted daría la sangre de mis venas! ¡No olvidaré nunca los cuidados que tuvo para mí durante aquella pícara enfermedad! (Volviendo á llorar entrecortado.) ¡Usted, usted, me llegó á dar medicinas con sus propias manos! (Sigue lloroso.)

MAN. (Manifestando orgullo y satisfacción. Llorando también.) ¡Ah, José! ¡Grande es la pena que sufro, con la pérdida del dinero; pero casi me causa placer!...

ESCENA X

DICHOS y ENRIQUETA

ENR. (Entra por donde salió y viendo á los dos que se enjugan los ojos.) ¡Qué sucede!

JOSÉ ¡Ah, señora!...

MAN. ¡Que estoy arruinado!

ENR. ¡Arruinado!

MAN. ¡Por efecto de mi exagerada confianza... de mi tontería!

ENR. Ahora me explico tus inquietudes... las eco-

nomías que intentas hacer en los gastos de la casa...

JOSÉ — ¡Claro! A no ser por eso, ¿hubiera el señor pesado la carne?

ENR. — (Acariciándole.) ¡Manuel, esposo mío! ¡Cálmate! ¡Nos arreglaremos como las circunstancias lo exijan!... ¡Mis alhajas, que son muchas y buenas, se venden... y Dios proveerá! ¡Animo, Manuel!

MAN. — ¡Te desprendes de tus galas!

ENR. — ¿Hay nada más natural? ¡Ea, seca esas lágrimas! Tu hijo y yo trataremos de que nunca sientas los horrores de la miseria. ¡El calor de nuestros dos corazones, te pondrá al abrigo de toda necesidad!

JOSÉ — ¡El calor de nuestros tres corazones! (Lloran los tres.)

MAN. — (Abrazando á su mujer.) ¡Sigue, sigue! ¡Tus consuelos, reaniman mi espíritu! ¡Oh, la familia! ¡Solo debe creerse en la familia! (A José.) Y alguna vez en los criados. ¡Gracias, José! ¡Tu comportamiento de hoy, me obliga á perdonarte!

JOSÉ — ¿El qué señor?

MAN. — ¡Oh, nada! ¡No tiene importancia... un puñadillo de azúcar... y el traguito de aguardiente... no merecen, ni nombrarse!

JOSÉ — ¡Si habla usted de ayer, fué el señorito Tiburcio, quien se hizo un refresco!

MAN. — (Bondadosamente.) ¡Basta, hombre, basta! (Aparte.) ¡Y yo le acusaba! (Sacando muchas llaves de distintos bolsillos.) ¡Toma; escoge las que te correspondan, y entrega á la señora las restantes! ¡Las había guardado por... distracción!

ESCENA XI

DICHOS y MACÓN, luego FRANCISCO y TIBURCIO

MACÓN — (Entrando por el foro con un par de botas en la mano y desde la puerta con voz temerosa.) ¡Se puede!

MAN. — (Viéndole.) ¿Cómo, trae usted más botas?

MACÓN (Avanzando.) ¡Sí, señor; pero son para otro parroquiano!... He cobrado varias cuentas... suman dos meses de alquileres nada más... ayer prometí pagar algo de mis atrasos y aquí tiene usted el dinero. (Se lo entrega en billetes pequeños)

TODOS (Asombrados, agradablemente.) ¡Ah! (Aparecen por la puerta del comedor Francisco y Tiburcio acariciándose.)

JOSÉ (A Monsieur Macon.) ¡Esos alquileres llegan muy á tiempo, porque el señor ha perdido toda su fortuna!

FRAN. (Furioso á su hijo, y desde la puerta.) ¡Oyes esto!

MACON ¡Pobre don Manuel! ¡Traeré los veinticinco meses restantes, en cuanto pueda!

MAN. ¡No corre prisa!

FRAN. (Como antes.)¡Imbécil!

MAN. (Alegremente conmovido.) ¡Ah, monsieur Macon, es usted un hombre de bien! (¡Quizás las botas no sean de becerro, pero su corazón!...) ¡No hay otro remedio... también debo creer en los zapateros!

FRAN. (Avanzando.) ¡Perfectamente! ¡Lo tenía previsto! ¡Arruinado, y á tu edad! ¡Eres un tonto! ¡Te dejas estafar de todo el mundo!

TIB. (¡Pobre tío!)

MAN. (Para sí.) ¡Buenos consuelos recibo de mi hermano!

FRAN. Es posible que necesites tener pleitos con el fin de recobrar algo de tu fortuna... y te recomiendo á Tiburcio en clase de abogado.

MAN. ¡Gracias! (¡Valiente recomendación!)

TIB. ¡Papá!

FRAN. ¿Qué?

TIB. ¡Aún no soy abogado por completo!

FRAN. ¿Cómo?

TIB. ¡Me gasté el dinero del título... para comer!

FRAN. ¡Ah! ¡Si fué para comer... bien empleado está! (Aparte y palpándole los brazos.) ¡Infeliz! (Alto.) ¡Comeremos juntos! (Se aparta y queda pensativo.)

TIB. (Aproximándose á Manuel, que estará bastante apartado de la mesa, y de pié, le dice bajo:) ¡Tío!

MAN. ¿Eh?

TIB. (Sacando un papel del bolsillo.) ¡Toma esto!

MAN. Y esto, ¿qué es? (Bajo.)

TIB. (Bajo.) ¡La papeleta de empeño de un alfiler, regalo de papá... me han dado cinco duros; pero vale lo menos diez... lo sacas, lo vendes y eso más tienes para remediarte!

MAN. (Devolviéndole la papeleta.) ¡Guárdala tú y saca el alfiler pronto antes que se pierda! (Pobrecito! Yo le juzgaba tunante, y resulta generoso...) ¡El cariño de los sobrinos, existe!... ¡Por desgracia no sucede igual con el de los hermanos! Ahí está el mío, tan fresco como una lechuga.) (A Francisco.) ¿En qué piensas?

FRAN. ¡Papanatas! En que has perdido tu fortuna y debes recuperarla. ¡Te hago partícipe en mis negocios!

MAN. (Arrojándose al cuello de Francisco.) ¡Ah, Francisco!

ESCENA XIII

DICHOS, JUAN y LAURA que entran por el foro

JUAN (Viendo á Manuel en brazos de su hermano.) ¡Vaya, Manuel, no te acongojes, que todo se puede arreglar!

MAN. (Asombrado.) ¡Juan! (Con alegría.)

JUAN ¿No ves á Laura? ¿Por qué tardas en pedirme su mano para Leoncio?

MAN. (Arrojándose en brazos de Juan.) ¡Amigo, mío! (Aparte y enjugándose los ojos con los billetes del zapatero.) (¡Dudaba de que volviese!) ¡Es cierto que hay amistades verdaderas!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y LEONCIO que entra de la calle y se va derecho hacia Laura

JUAN (A Manuel.) ¿Cuándo empiezas la formal demanda?

MAN. ¡Gracias, Juan! (Aparte.) ¡Ah, todos los hom-

bres son buenos! (Alto.) ¡Mi hijo no tiene fortuna que llevar al matrimonio!

LEON. Pero... (Asombrado y avanzando hacia su padre.)

LAURA (Interponiéndose.) ¡La novia soy yo y me conformo... no vaya usted á negarme la dicha!

MAN. ¿Negarte la dicha? (Aparte.) ¡Esta niña siempre me pareció una santa! (A su hijo.) ¡Estoy arruinado con la fuga de Gutiérrez!

LEON. ¡Ah! ¡Tranquilízate! He usado de tus poderes á hurtadillas por temor de contrariarte. Anteayer retiré de casa de Gutiérrez casi todo lo que tenías allí y lo deposité en el Banco. Toma los resguardos. Pierdes veinticinco mil pesetas que por delicadeza dejé en manos del banquero.

TODOS ¡Ah!

MAN. (Fuera de sí.) ¡Dios mío! ¡No estoy arruinado! ¡Monsieur Macon... tome usted los dos meses!...

MACON (Tomando los billetes.) ¡No corre prisa!...

MAN. (A José.) ¡Te duplico el salario! (A su mujer.) ¡Tendrás más brillantes! (A su hijo.) ¡Tú, un coche para guiar!

JUAN ¿Estas ya contento?

MAN. ¡Ah, sí! (Mirándole avergonzado.) ¡Pero no del todo!

JUAN ¿No?

MAN. ¡He cometido faltas que nunca podré confesar!... ¡Ay, Juan! ¡Mi bueno, mi incomparable amigo!... ¡Soy un zoquete... un pícaro! ¡He dudado de tu amistad... de mi zapatero... de un ángel!

MACON (Avergonzado.) ¡Don Manuel!

MAN. ¡Lo digo por mi mujer!... Me convertí en sujeto receloso y desconfiado. (A Laura.) ¡Ya ni creía en nuestros pajarillos!

LAURA ¡Qué infeliz habrá usted sido!

MAN. ¡Mucho; pero no volveré á caer en exageraciones!... ¡Que se acerquen á pedirme un favor... dinero prestado y verán!...

FRAN. (A Tiburcio, conteniéndole un gesto que hace á su tío como en demanda de un préstamo.) ¡Silencio, Tiburcio!

MAN. Precisamente, á él me refería... Le negué un

piquillo. (*Á Tiburcio bajo.*) ¡Te sacaré el alfiler! (*Alto.*) ¡Hijos, esposa, amigos míos... hermano!... ¡Conozco el mundo desde hace... cinco minutos!... ¡Sospecho que existirán en la tierra ciertos hombres algo imperfectos!... ¡Es una suposición!...: De todo lo cual deduzco que para ser feliz es preciso ejecutar dos cosas...

FRAN. ¡Sí, abrir los ojos y cerrar la caja!

MAN. ¡No... cerrar los ojos... y hacer bien sin mirar á quién!

FIN

OBRAS DRAMÁTICAS

TRADUCIDAS, ARREGLOS Y REFUNDICIONES

POR

DON LUIS VALDÉS

DEMI-MONDE, comedia en 5 actos.
EL AMIGO FRITZ, íd. 3 íd.
AMALIO CRINOLINA, íd. 1 íd.
QUINCE DÍAS EN ITALIA, íd. 3 íd.
LA DONACIÓN DEL COLONO *(Mademoiselle de la Seigliere)* íd. 3 íd.
HUYENDO DE LA POLICÍA, íd. 1 íd.
LA DAMA DE LAS CAMELIAS, íd. 5 íd.
EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC, íd. 3 íd.
MENTIR CON PROVECHO, íd. 1 íd.
EN CINCO MINUTOS *(en colaboración con A. Gallardo)*, íd. 1 íd.
EL DOCTOR VENTURA, íd. 1 íd.
LOS BURGUESES DE PONTARCY, íd. 5 íd.
LOS ESTACIONARIOS, íd. 4 íd.
LAS BODAS DE FÍGARO, íd. 5 íd.
FABIÁN Ó EL DOCTOR NEGRO, melodrama en 7 actos.
EL CURA DE LONGUEVAL, comedia en 3 actos.
LOS PAJARILLOS, íd. 3 íd.